

La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 17 DE DICIEMBRE DE 1906 →

Núm. 1.303



LA REINA ISABEL DE ESPAÑA, cuadro de Velázquez existente en el Museo de Madrid

(Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que es

TÚ ERES LA PAZ,

novela de costumbres contemporáneas, escrita por el notable literato D. Eusebio Martínez Sierra, ilustrada por el reputado artista Carlos Vázquez.

El nombre del Sr. Martínez Sierra, bien conocido en el mundo de las letras, nos releva de hacer el elogio de su obra, bella bajo todos conceptos y en extremo interesante, que no dudamos será del completo agrado de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El artífice de su dicha* (poema escénico), por el Bachiller Corchuelo. — *República Argentina. Buenos Aires. Segunda exposición de pintura del artista valenciano D. Justo Vila Prades*, por Justo Solsona. — *Adelina Patti*. — *Una empresa explotadora del agua del Jordán*. — *Paris. El noveno Salón del Automóvil*. — *Los premios Nobel de 1906*. — *Budapest. Monumento á Andrassy*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *La telegrafía*. — *Miscelánea*. — *Corazones de oro*, novela ilustrada (conclusión). — *Las excavaciones recientemente practicadas en Cuma*, por Carlos Abeniácar. — *Viena. Monumento á Carlomagno*. — *El proceso del tenor Caruso en Nueva York*. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*La reina Isabel de España*, cuadro de Velázquez. — Dibujo de José M.^a Marqués que ilustra el poema escénico *El artífice de su dicha*. — *Palique*, cuadro de Ulpiano Checa. — *Tipos de Pont l'Abbé (Bretaña)*. — *Subasta del pescado en Concarneau*. — *Playa de Concarneau*. — *La zahorí*, cuadros de Julio Vila y Prades. — *Adelina Patti en 1852, 1862 y 1906*. — *Una empresa explotadora de las aguas del Jordán*. — *Vistas exterior y de la nave central del Gran Palacio de París donde se ha instalado el noveno Salón del Automóvil*. — *Después de una jornada fatigosa*, cuadro de Felipe C. Stretton. — *El presidente Roosevelt*. — *Mr. José J. Thomson*. — *Budapest. Monumento á Andrassy*. — *Escritura transmitida por medio de la telegrafía*. — *Primera imagen telegráfica*. — *Obras artísticas descubiertas en las excavaciones recientemente practicadas en Cuma*. — *Viena. Monumento á Carlomagno*, obra de Rodolfo Weyr. — *Un incidente del proceso del tenor Caruso en Nueva York*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La credulidad humana es profunda y constante, y la necesidad de creer en lo sobrenatural, ó al menos en lo que rebasa de los límites de lo conocido como natural, se manifiesta en mil circunstancias y aprovecha toda ocasión de afirmarse. Pero al lado del fondo de credulidad, existe—especialmente en estos últimos tiempos, en que vagas nociones y ligeros y confusos datos científicos van infiltrándose hasta en las capas menos intelectuales de la sociedad—otro fondo, ó por mejor decir, otro prurito contrario: el de exteriorizarse como espíritu fuerte, alardeando de un escepticismo completamente pueril, porque muchas veces se ejercita, no contra la superstición, sino contra meros fenómenos científicos, desconocidos para el escéptico barato.

* *

He podido comprobar esta observación á propósito del sencillo experimento, tan vulgar, de la levitación de las mesas por medio del fluido que desprende la cadena de las manos tocándose. Cuando se pasa una larga temporada en el campo, sobre todo teniendo reunida en casa alguna gente que entretiene la velada jugando á diversos juegos, inocentes y tradicionales—tresillo, ajedrez, dominó, adivinanzas, etcétera,—llega un momento en que se desea variar, y cada cual discurre una extravagancia que haga reír ó engañe el tiempo. Infaliblemente, siempre que proponíamos «hacer bailar el velador», salía á la superficie el afán de «no pasar por tonto», que es la fórmula de los escépticos infundados. Era inútil insistir en la afirmación de que ese fenómeno es cosa arcaica; en que ningún mago, maligno encantador, bruja misteriosa ó diabólico gnomo se mezcla en el asunto; en que las fuerzas actuantes sobre la mesa para hacerla levantarse en el aire, contra la gravedad, son las mismas que actúan sobre otros objetos animados é inanimados, produciendo resultados que nadie niega; fuerzas naturales, menos conocidas que las demás, y eso es todo.

¡Tiempo más perdido! Unos se reían á carcajadas, aplicando el pañuelo á la boca para no escandalizar; otros sonreían, fríos y desdenosos; otros me hacían un familiar guiño, como diciendo: «Entendido, siga la broma;» otros, aplicando al velador las manos extendidas, pujaban de él disimuladamente, para ayudar á la supuesta superchería. Y claro es que jamás salía bien la experiencia, que sólo tuvo pleno éxito un día

en que todos los presentes querían, en serio, que lo diese, y en serio realizaron lo preciso para lograrlo.

* *

No he pasado, en la *magia blanca*, de este ligerísimo solaz; y cuando ya interviene el *médium* y se verifica otra clase de tentativas, á pesar mío me siento invadida por los mismos recelos y desconfianzas escamomas de los tertulianos que creían empujado el velador con los pies para que se levantase y danzase en el aire. Unos artículos recientes y notables de Camilo Flammarión han disipado algún tanto mis recelos, convirtiéndolos en parte á la opinión del autor, que entiende que en todo ello no hay más que efectos de fuerzas naturales, hasta hoy desconocidas. Sin género de duda, mucho queda por averiguar á los hombres de ciencia del porvenir. No podemos menos de experimentar asombro y hasta duda ante las cosas que cuenta Flammarión de sus pruebas y curiosidades con la *médium* Eusapia Paladino, célebre en los fastos de la magia blanca moderna. El poner en movimiento mesas y veladores, es el a, b, c de estos juegos misterioso-científicos. Los veladores se disparan en carrera loca, se precipitan sobre las mesas, y quedan sujetos á ellas, temblando. Pero lo más extraño y curioso, lo que en el estado actual de los conocimientos no se explica, es un enigma sin clave, son otras manifestaciones de esas desconocidas fuerzas naturales, cuyo estudio pertenece á las generaciones futuras. Flammarión afirma haber recibido, en la cámara donde se instaló la *médium*, puñetazos de puños sin brazo que los sostenga, bofetones de manos sueltas, caricias de dedos invisibles que se le enredaban entre el pelo (y Flammarión lo tiene frondoso), roces de barbas sin cara, pellizcos de yemas de dedos incorpóreos, y aun asegura que ha visto una aparición luminosa y blanca deslizarse entre la *médium* y su persona... Sobre tortas de masilla de vidriero fresca, se imprimieron las manos de los duendes dejando huella visible y clara; y todo, en fin, reveló la presencia de seres extraños, que es imposible clasificar ni entre los muertos, porque pegan, ni entre los vivos, porque no hay medio de devolverles los pellizcos, arañazos y bofetones. ¿Qué dijera de esto Sancho Panza? ¿Cómo explicaría tan singular conjunto de asombros y brujerías?

* *

Y, á pesar mío, yo estoy en el número de los infinitos «condenados por desconfiados;» yo me inscribo en contra de esas fuerzas naturales desconocidas, que se presentan con todo el aparato de las grandes supercherías. Los siglos venideros dirán quién tenía razón, y confirmarán ó invalidarán las opiniones del autor de *La Atmósfera y Lumen*. Al presente todas son confusiones é incertidumbres, miedo á las trampas y ardidés de los juglares..., y miedo también, es preciso reconocerlo, á ese *algo* superior á nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo sobrenatural. La inocente levitación de las mesas parece juego de niños, y su explicación física, aunque requiera alguna cultura el comprenderla, está al alcance de la mayoría; pero ¿cómo reducir á física pura esos dedos humanos vagando por el aire, esas barbas flotantes, esos fantasmas que no son sombra de un cuerpo? No presumamos de entendidos: ni lo entendemos, ni sé si llegará día en que alguien lo entienda.

* *

La inestabilidad de los gobiernos va picando en historia. No es posible gobernar así. Quiero suponer que los gobernantes fuesen eminencias, hombres de Estado de la talla de los Gladstone y Pitt: ¿qué muestras habrían de dar de su capacidad, en periodos tan breves y con la única preocupación de un soldadito de plomo: tenerse para no caer? Y todavía se comprendería bien este incesante cambio de ministerio, si fuese España algún país donde la opinión pública apretase y se estrellase rugiente contra los gobiernos.

Encalmada como está la opinión (á pesar de aparentes ó mejor dicho epidérmicas agitaciones), no se explica satisfactoriamente

«*quel andare e venire*»

para mudar solamente de postura. . Porque tengan la personal representación que tengan los presidentes de los gabinetes sucesivamente formados, y yo se la reconozco muy elevada á estos ilustres amigos míos, no es fácil que notemos los efectos ni de su talento, ni de su buen propósito, ni de su carácter, en la zozobra é incertidumbre que rodea su paso por el poder. Cualquier ministerio que dure años es preferible al que sólo dure meses.

Contra la opinión general, muy adversa á los polí-

ticos, diría yo que suben, la mayor parte al menos, animados de la intención de hacer algo, siquiera sea por acreditarse y lucirse. Aplican las mejoras que proyectan á su tierra, á sus amigos; pero mejoras son, aplíquense á quien se apliquen, y como no todos los hombres políticos tienen iguales amigos ni proceden de un mismo terruño, al cabo viene á ser equitativa la distribución. Si les dejasen quietos algún tiempo, después de que hubiesen contentado á la mayoría—no á la del Congreso, sino á la de sus protegidos y gente grata (acaso sea lo propio)—empezarían, es seguro, á pensar desinteresadamente en el bien del prójimo. ¡Pero si no les dejan ni lugar para disponer que las estufas del ministerio no atufen! Tanto como se habló allá en tiempos de un *ministerio relámpago*... Ahora todo se vuelve relampaguear, tronar y granizar, y el desfile de los ministros de un día parece la mueca de la Historia, filosóficamente alarmada por lo efímero de las grandezas y poderíos humanos...

* *

No es aventurado suponer que entre los que leen estas crónicas hay infinitos jugadores de lotería. Dice un refrán que el que juega mucho es un loco, y el que no juega nada un tonto. A esta cuenta, pocos tontos hay en España, pues raro será el español que no lleve su «participación» en un billete, especialmente para la clásica lotería de Navidad.

El fervor de ilusiones que estos días se produce en España (y en otros países, donde también se juega á la lotería nuestra) es uno de los fenómenos psicológicos más justificables, más disculpables. ¿Quién no ha fiado á la casualidad las dichas y las bienandanzas de la existencia? ¿No es en gran parte casualidad, en gran parte azar, lo que nos adviene? ¿Quién podrá jactarse de deber sólo á perseverante esfuerzo el triunfo? ¿Y quién no ha visto malogrado el esfuerzo, la constancia, la energía, entre burlescos é imprevistos casos, que se rien de la virtud, del mérito y de la labor titánica del hombre?

Si exactamente correspondiese el fruto al cultivo, ¡cuán sencillo sería el problema! Ni en esto, ni en nada, se desarrollan los sucesos lógicamente, equitativamente. Unos no reciben lo que ganaron, otros reciben lo que no merecen, de lo que son manifiestamente indignos. El vivir es juego de lotería; el premio grande cae en manos que no lo sabrán administrar, ni aun disfrutar; unos ponen para que otros gocen... Y así fué, es y será, hasta la consumación de los siglos... ¿Por qué, pues, censurar la lotería?

* *

Es la lotería la esperanza que más barata se compra; la dicha soñada que no deja amargura al frustrarse. Nadie, porque no le haya tocado la lotería, se arranca los pelos; nadie maldice de la hora en que vino al mundo porque su décimo no salió premiado. Al contrario: yo conozco altruistas que hasta se felicitan y alegran de haber contribuído con su modesto óbolo á que existan algunos seres felices más la noche del 24 de diciembre. Se le echan mil culpas á la lotería, pero no la veo responsable de lágrimas ni de suicidios. Posee la virtud de, frustrada una esperanza, engendrar otra, y de aquella sacar otra más risueña aún, y así sucesivamente, hasta la última hora de nuestro paso por el planeta. ¿Qué mejor condición puede encontrarse en ese juego público, democrático, divertido, halagüeño y á veces hasta remunerador? Jamás suprimiría yo tal contribución indirecta.

* *

No vayan á suponer los maliciosos que hablo así porque me ha *caído* algún premio... Escasos fueron los dulces que me dió á gustar la lotería, y es probable que salgo perdidosa en ella. Además, no soy jugadora apasionada, ni vuelvo á acordarme del papeleto, una vez depositado en el cajón donde aguarda pacientemente su turno. Allí, hacinados décimos sobre décimos, me los tropiezo al cabo de meses, y entonces es cuando voy á averiguar si alguno es de fortuna. Mirar la lista es tarea prolija y no siempre dispongo de tiempo para compulsar documentos. Preferiría tomarlo con más interés; así sería mayor la diversión; pero no puedo; pienso en quinientas mil cosas antes que en el mágico papeleto...

¡Felices los que lo miran diariamente, no lo pierden nunca, compran la lista con ansiedad febril, se prendan de un «bonito» número, no quieren dar participaciones, construyen castillos en el aire sobrecimientos de papel, sueñan que «les cae,» y de antemano discurren en qué van á emplearlo! ¡Feliz la lechera, con su cantarilla!

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Le proponía á César un viaje larguísimo, de dos años, lo menos, por América...

EL ARTÍFICE DE SU DICHA

(POEMA ESCÉNICO.)

... Y, como el bien, con la virtud se labra...

(CAMPOAMOR.)

ESCENA PRIMERA

Cuarto de estudio amueblado y decorado suntuosa y artísticamente.

CÉSAR (*Después de sentarse en actitud encogida é insegura, como quien, molesto, no sabe cómo empezar una confidencia delicadísima, se queda unos instantes mirando á su asombrado interlocutor, que se tortura el cerebro, sin adivinar la causa de aquel estado de ánimo. Tras una pausa embarazosa, dice por decir algo*).—Pues sí, Fausto, te he mandado venir, porque necesito confiarte un secreto gravísimo, tanto que de él depende mi vida...

FAUSTO (*Extrañado y mirando á César todo lo so carrona y dubitativamente que permite una amistad muy antigua é íntima y á que da derecho la falta de ánimo y el aire misterioso y melodramático que observa en su amigo, de quien, por conocerle muy á fondo, no espera una revelación emocionante*).—Pues, chico, me voy enterando. Es lo mismo que me decías en tu tarjeta... Si sigues así, voy á creer á Perales, que dice que estás completamente neurasténico...

CÉSAR (*Con iracunda sorpresa*).—¿Neurasténico, por qué?

FAUSTO (*Contrariado, al ver el mal gesto de César y resuelto á acabar de una vez con lo embarazoso de la situación*).—Mira, César, ¿vamos á jugar limpio? ¿Vamos á hablarnos con absoluta claridad?

CÉSAR.—Para eso te llamé. Pero eso de neurasténico...

FAUSTO.—Tiene su explicación; cuando no, su justificación... Tú has sido antes y después de tu matrimonio alegre, francote, despreocupado, hasta un poco desaprensivo como marido...

CÉSAR (*Descompuesto*).—¿Fausto!

FAUSTO.—Déjame hablar... Desaprensivo, porque has hecho de casado la misma vida que de soltero... Y eso que de soltero no fuiste nada edificante... No es que te reproche..., porque yo no podría lapidarte el primero..., ¿entiendes? Pero yo, al menos, guardo las formas; procuro que aquella santa que honra y alegría mi hogar, no se entere de mis distracciones y de mis ligerezas...

CÉSAR (*Como queriendo sincerarse*).—Te diré...

FAUSTO (*Conteniéndole con enérgica inclinación de cabeza acometedora y resuelto movimiento con la mano abierta*).—No me digas nada, hasta que acabe... La

mujer de Perales tomó á una doncella, que despedisteis vosotros y que cuenta horrores de ti... Dice que tu mujer se pasaba el día llorando, encerrada en sus habitaciones con tu hija, con Pilín, mientras tú, teniendo abandonadas, te pasabas los días y las noches fuera de casa... En fin, hasta asegura que tu misma mujer te ha entregado esas cartas que los maridos rompemos en las calles, para que no las vean en nuestra casa...

CÉSAR.—Pero...

FAUSTO (*Resuelto*).—No, No...

CÉSAR.—Permíteme... Y ¿ha dicho si ha oído á mi mujer quejarse de mí?

FAUSTO.—Hombre, la creo, por mis referencias, demasiado altiva para descender á lamentarse con una sirvienta... Pero no aseguraría que no se haya quejado á Dios...

CÉSAR.—¡Yo sí! (*Convencido, rotundamente afirmativo*). Yo sí!

FAUSTO.—Amén... De pronto, después de verte, durante tantos años de matrimonio, hacer tu vida libre, te vuelves hosco, retraído, taciturno, te recluyes en tu casa y no se te ve por ningún lado... Hoy recibo tu tarjeta, que me ha alarmado; llego, y en vez de encontrarte coloradote, como buen bebedor, como eras antes, te veo desmejorado, paliducho, y en lugar de ser conmigo todo lo explícito que antes, me hablas con rodeos, con encogimiento... ¿A qué obedece tu conducta? ¿Estás enfermo? ¡Habla, hombre!

CÉSAR (*Bajando la vista y tembloroso*).—Fausto... ¡Es que estoy enamorado!..

FAUSTO (*Con el asombrado gesto de desdén con que se recibe una noticia que se esperaba fuese emocionante*).—¡Vamos! ¿Y para eso?..

CÉSAR.—Es que estoy enamorado... ¡de mi mujer!..

FAUSTO (*Pegando un salto y mirando desconfiado á César, como si dudase de la normalidad de su cerebro*).—¿Has... dicho... de tu mujer?.. ¡César, que te vea un médico!..

CÉSAR.—No tengo el cuerpo enfermo, tengo el alma... Fausto, la verdad, dime la verdad, ¿qué concepto te merezco?

FAUSTO.—Muy honroso, excepto en esas ligerezas que te reproché antes...

CÉSAR (*Resolviéndose, tras un violento esfuerzo*).—Mira, Fausto, te he llamado para confiarte...

FAUSTO.—Sí, lo sé...

CÉSAR.—¿Me das tu palabra de honor de conservar el secreto y de aconsejarme lealmente?

FAUSTO.—¡Sí, pero sácame pronto de incertidumbres!

CÉSAR.—Es una historia muy triste, que nadie conoce... Por eso, precisamente, tampoco á mí me conocéis... No, no me conocéis... Oye y juzga... (*Suspirando*). En primer lugar, ni mi mujer me ha querido

nunca como marido, ni yo á ella como esposa, ni para vivir, como tales, en la intimidad, nos casamos... ¿Por qué crees tú que me casé?

FAUSTO (*Desconcertado*).—No sé... Cómo voy á...

CÉSAR.—Mi mujer, antes de ser mi novia, anduvo en relaciones con mi hermano Alfonso, que en gloria esté y á quien quise más de lo que suelen quererse dos hermanos... Cuanta ternura, cuanta solicitud, cuanta lealtad, cuanto ardor puso Dios en sus almas, al crearlas, consumieron ellos en aquella pasión que llenó su vida... Sí, porque se querían de un modo extraordinario. Nuestros papás les llamaban, en broma, *los amantes de Teruel*... Tú recuerdas que estuvieron amonestados ya; que esta casa era uno de los regalos de boda de mis suegros...

FAUSTO (*Intrigado*).—Sí, sí...

CÉSAR.—Ocho días antes del señalado para la boda, llegó una noticia, que trastornó todos los planes: Alfonso, que era oficial de artillería, había sido sorteado...

FAUSTO.—Sí, y tuvo que irse á Africa.

CÉSAR.—Se reunieron las familias... El sentido común, ¡maldito sea!, dominó á todos... Se acordó aplazar la boda... Alfonso partió... (*Atropellando las palabras, como sintiendo pena y vergüenza*). A los cuatro meses, la desgracia se cebó en las dos familias... La mía, exasperada por la de mi mujer, pedía cuentas á Alfonso, que prisionero me escribía estas cartas, traídas por un subalterno que logró fugarse... (*Mostrándole un paquete de papeles amarillentos*). Lee esa. Todas dicen lo mismo, todas destilan lágrimas desesperadas... Lee para ti, porque yo me pongo malo si las leo...

FAUSTO (*Leyendo en silencio. Leyendo emocionado y trémulo*).—«Seguro de entregar mi vida á Dios—tan enfermo estoy—si antes no me la quitan mis verdugos, de quienes no puedo librarme, te escribo, no sé para qué, porque no puedo enviarte estas cartas... Pero me hago la ilusión, ¡quiero hacérmela!, de que Dios permitirá que las recibas y de que tú no desoirás las súplicas desesperadas de un hombre que, además de ser tu hermano queridísimo, ¡tu hermano de tu alma!, va á morir por su patria y por su honor... Sí, César, no abandones á Elia... Es buena, es honrada; créeme: ¡te lo juro á punto de comparecer ante Dios! No sé si pedirte un sacrificio enorme, inconcebible... Yo no te lo pido; pero yo lo realizaría por la víctima que de un amor desgraciado y de un arrebato de pasión hubieses dejado tú... ¡Por lo que más te pueda conover, César hermano, no abandones á mi mujer, no abandones al fruto de mi amor, cuando venga al mundo!.. ¡Ah, si yo supiese que tú salvabas su honor, cómo te bendeciría desde el cielo!..» (*Dejando de leer, con los ojos húmedos por la emoción*). ¡César! Y ¿tú?..

CÉSAR.—A los dos meses recibí las cartas... Supimos que un día le sacaron los enemigos al campo y volvieron sólo su destrozado uniforme... ¡En seguida, cumplí la voluntad de mi hermano, de un valiente, muerto por su bandera, de un hombre honrado que no previó el daño que hacía á la mujer adorada, y que no podía repararlo...

FAUSTO.—Y ¿ella?..

CÉSAR.—Aceptó lo que yo la ofrecí, que era lo único que podía aceptar: un apellido, que la libraba de la vergüenza; un padre para la niña, y un amigo leal y cariñoso para toda la vida... Ni ofrecí más, ni exigí más... ¿Para qué? Aunque yo hubiese amado á Elia, enamorada cual estaba del muerto, ¿cómo iba yo á exigir otra correspondencia que la del más puro y casto de los afectos? Pedir más, hubiese sido vender

ELIA.—¿Usted lo cree? (*Ligeramente contrariada.*)

Y á ti, César, ¿qué te parece? (*César calla.*)

FAUSTO.—Sí, sí... Le conviene viajar, hacer otra vida más activa.

ELIA.—Yo, tanto como eso, no pensaba. Pero sí le aconsejo que salga, que se divierta... Oiga usted, Fausto, ¿qué tiene César?..

CÉSAR (*Avergonzado, en tono de reproche infantil.*)

—¿Qué voy á tener, tonta?

ELIA.—No es el mismo que antes. (*A César.*) ¿Qué te pasa?

FAUSTO (*Con intención.*)—Nada, Elia... Precisamente por eso, porque no tiene nada, está así. (*Levantándose.*)

ELIA.—¿Se va usted ya?

FAUSTO.—Si usted me lo permite...

CÉSAR (*Con voz temblorosa, pero resuelta.*)—Sí me voy. Es necesario...

ELIA (*Al mismo tiempo que dos lágrimas ruedan por sus mejillas.*)—¡César!.. ¡César!.. Háblame como siempre... Hasta ahora, me habías confiado tus secretos, tus alegrías... Hoy me ocultas tus tristezas...

CÉSAR.—Es por no aumentar las tuyas.

ELIA.—¿No me crees digna de compartirlas?

CÉSAR.—Si te las confiara, yo sería el indigno...

ELIA.—No, un alma tan grande como la tuya, no puede ser nunca indigna. Cuéntame lo que te ocurre... Ya sabes que si para mí has sido, más que un hermano, un padre; yo, para ti, he sido, más que una hermana, una madre... Dime, ¿estás enamorado?

CÉSAR.—¡Elia!

ELIA (*Echándose á llorar.*)—¡César!



Palique, cuadro de Ulpiano Checa. (Salón de París.) (Copyright 1906 by Checa.)

mi sacrificio, violentar una conciencia, una profanación, ¡un sacrilegio!.. Y eso, ¡eso yo no lo hago!..

FAUSTO (*Que se ha ido levantando poco á poco, conmovido, entusiasmado, ante tal grandeza de espíritu, se abraza á César fuertemente.*)—Abrázame, César; eres más grande de lo que yo creía. ¡Perdóname!

CÉSAR (*Desprendiéndose suavemente.*)—Porque te he creído digno de mi secreto te lo he confiado, para que me aconsejes... Yo no sé cómo ni por qué ha sido... Pero es el caso que hace algún tiempo que me he dado cuenta de lo terrible de mi situación: estoy enamorado de una mujer que si legalmente es mía, moralmente no puede serlo. Lo impide el recuerdo religioso, casi idolátrico que profesa al muerto, que la quiso tanto, que la hizo desgraciada... ¿Qué me aconsejas? ¿Que vuelva á mis locuras? Sólo me sirven para recordarme más á la infeliz que llora... ¿Que haga la vida retirada, de familia, que llevo ahora? Es una tentación constante y horrorosa... ¿Que me gane su amor con ternura y con cuidados? Lo creo imposible. ¿Que la violente? ¡Oh, no! ¡Me odiaría siempre... (*Sollozando sin esperanza.*) ¿Qué me aconsejas, Fausto?

FAUSTO (*Anonadado, confuso, aturcido.*)—César, créeme: yo soy un imbécil. No se me ocurre nada...

ELIA (*Con voz tímida y temblorosa de mujer que ha llorado mucho.*)—¿César?

CÉSAR (*Enjugándose rápidamente los ojos y esforzándose por serenarse.*)—Pasa Elia, pasa. Estoy con Fausto... (*Fausto, de pie, la saluda respetuoso.*)

ELIA (*Entrando resuelta y cariñosa.*)—¡Hola Fausto!.. ¿Hace mucho rato que están ustedes aquí?

FAUSTO.—Sí, Elia. Estábamos hablando de un asunto... (*Con el gesto de regocijada sorpresa de quien se le ocurre una idea oportuna y excelente.*) ¡Le proponía á César un viaje larguísimo, de dos años, ¡me nos, por América... ¿No piensa usted que le conviene?..

ELIA (*Temblando sin saber por qué y mirando alternativamente entre nerviosa y sorprendida á César y Fausto.*) (*Aparte.*)—Aquí ocurre algo...

FAUSTO (*Estrechando la mano de Elia.*)—¡Vaya, Elia! A los pies de usted... Y antes de irme, permítame un consejo y una pregunta.. ¿Quiere usted mucho á César?

CÉSAR (*Empujando á Fausto cariñosamente hacia la puerta.*)—¡Vamos, hombre!..

FAUSTO.—Sí, ya sé que Elia te quiere mucho... Pero Elia, créame usted, quírale usted ahora más, mucho más que antes..., porque necesita mucho cariño... Beso á usted los pies, Elia... Adiós, César... (*Mutis.*)

CÉSAR (*Siguiéndole.*)—Te acompaño.

ELIA (*Dejándose caer en una butaca.*)—¿Qué quiere decir esto?.. ¿Qué tendrá César?.. Acaso sus atenciones, sus desvelos?.. ¡Oh, no! ¡Qué tontas somos las mujeres! Siempre creemos que se nos ama...

(*Queda abstraída, con la vista fija en un punto de la alfombra, la barbilla apoyada en su mano diminuta y nivea, y el codo, en el brazo del diván. Un canario en su jaula dorada y resplandeciente canta en apasionados y dulcísimos arpeggios, en escalonados, rítmicos y melódicos trinos, una endecha tristísima y desesperada, un himno entusiasta á la libertad, un himno que parece una protesta...*)

ESCENA SEGUNDA

ELIA (*A César, con cierto retintín.*)—¡Parece que huís de mí!.. ¡Qué despedida tan larga!..

CÉSAR (*Mirándola tristemente.*)—Ya sabes que Fausto nunca acaba...

ELIA.—¿Y te ha convencido? (*Con miedo á la respuesta.*) ¿Te vas?

CÉSAR (*Desesperado.*)—¡No llores, Elia! No llores, porque tu llanto me abraza el alma...

ELIA.—Lloro... porque no me quieres...

CÉSAR (*Sin saber lo que dice.*)—Si no te quisiera, ¿estaría triste?

ELIA (*Comenzando á comprender, pero resistiéndose á creerlo.*)—¿Estás enamorado de otra? ¿Te estorbo yo?

CÉSAR.—¡Calla, Elia!

ELIA.—No, habla... ¡Habla! Te debo mucho y no he olvidado mi deuda... Por eso no quiero hacerte desgraciado...

CÉSAR.—¡Por Dios, Elia!.. ¡No prosigas!..

ELIA.—¿Quién es ella?

CÉSAR.—¡No, no!..

ELIA.—Te lo exijo... Te lo mando por la memoria de aquél, de Alfonso, que tanto nos quiso...

CÉSAR.—Elia... Me voy porque estoy enamorado de ti y tú...

ELIA (*Manifestando alegría.*)—Yo soy tu mujer...

CÉSAR.—¿Mi mujer?

ELIA.—¿No lo has notado antes? Yo que no sospechaba tu amor, te he devuelto con creces toda tu solicitud, todo tu mimo, que creí hijo del deber y del cariño que tuviste á Alfonso... (*Ruborosa.*) Yo te he amado ya...

CÉSAR.—¡Elia! ¿Pero me amas como hermana ó?..

ELIA.—Te amo como tú á mí...

CÉSAR (*Abrazando conmovido á su mujer, que llora de alegría.*)—¡Elia, Elia mía!.. ¡Sí, mía!..

ELIA (*Con voz apagada y desfalleciendo de felicidad.*)—Sí, tuya, César mío. ¡Tuya!..

CÉSAR.—¡Qué feliz soy! ¡No esperaba serlo tanto!

ELIA.—Y ¡cómo no ibas á ser feliz, si has sido bueno!..

EL BACHILER CORCHUELO.



Tipos de Pont l' Abbé (Bretaña), cuadro de Julio Vila y Prades
 REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

SEGUNDA EXPOSICIÓN DE PINTURA DEL NOTABLE ARTISTA VALENCIANO
 D. JULIO VILA Y PRADES

Después de siete meses de ausencia, ha regresado á la capital argentina el más joven y el más predilecto de los discípulos de Sorolla: D. Julio Vila y Prades.

Tan gratos y brillantes recuerdos dejó de su preclaro talento artístico durante su anterior permanencia en Buenos Aires, con motivo de su primera exposición, compuesta casi en su totalidad de obras inspiradas en la dilatada cuanto misteriosa pampa argentina, que con interés era esperado por inteligentes y aficionados para contemplar una nueva muestra de su viril talento en el arte pictórico.

Los siete meses de ausencia los ha empleado el Sr. Vila y Prades en visitar su tierra como peregrino que quiere fortalecer su espíritu y su fe con la contemplación de todo aquello que le inició en sus creencias antes de emprender larga caminata á los lugares santos; y apenas saturado de las sales marinas y acariciado por las brisas de la gentil Valencia, emprendió su artístico viaje á las costas de la siempre interesante Bretaña, que si no es de las regiones más ricas de Francia - económicamente hablando, - lo es por el inagotable manantial de inspiración, de poesía, de sentimental dulzura, de emocionantes

del hilado á su hija, la que, al parecer, lo hace bastante torpemente. La expresión de ambas figuras está en perfecta concordancia con la situación y hasta con el ambiente triste del local, resultando un excelente estudio de medios tonos, admirablemente sentidos. En el llamado *La sardina*, Vila y Prades ha hecho un verdadero *tour de force*, un derroche de inteligencia, sorteando victoriosamente un sin fin de escollos y llegando á puerto sin avería; porque los hay abundantemente en la composición, en los tipos, en los grupos, en las sombras y hasta en los planos. Es un lugar bajo techado iluminado por la luz que entra por las ventanas situadas á uno y otro lado del local, habiendo figuras tocadas por luces opuestas, como sucede en alguna del primer y último términos, resultando ésta casi en contraste con aquélla, y quedando el segundo iluminado tenuemente por la difusa, producto de las anteriores. Es tela de una tonalidad riquísima, en la que se posa la mirada con cierta delectación, buscando efectos entre personas, utensilios y mercadería, y los choques de luz y sombras.

Muchas de las cualidades que acabamos de señalar las posee también la *Subasta del pescado en Concarneau*, que reproducimos. *La Zahori* es un cuadro de orden bien distinto y que entra de lleno en la poesía del mar y de la pintura; su tonalidad es un tanto gris sin dejar de ser luminosa; el asunto está lleno de superstición y de sentimiento. El gesto y actitud de la protagonista sentada sobre la roca, junto al mar, con la mirada fija en las movibles aguas, parece como si quisiera penetrar en ellas y descubrir verdaderamente los arcanos escondidos en su seno. Completa el cuadro el grupo de mujeres que, á respetuosa distancia, la contemplan y la admiran con temor manifiesto.

Largo sería si tuviésemos que reseñar, aunque fuera someramente, todas las bellezas expuestas. Insensiblemente vienen á los puntos de la pluma consideraciones apreciables al recordar las obras y sus temas á medida que se va pasando la vista por los apuntes tomados, y se siente pena por no poder tratar con el detenimiento debido cuadros tan preciosos como *Playa de Concarneau* y *Tipos de Pont l' Abbé*, que reproducimos junto con *La Zahori*.



Subasta del pescado en Concarneau, cuadro Julio Vila y Prades

Y el pesar antedicho lo repetimos con el llamado *Lecciones de náutica*, un viejo marino rodeado de unos muchachos que contemplan ávidamente cómo les está armando un pequeño bote para jugar con él en las revueltas aguas junto á las rocas; con las dos importantes notas de á bordo del *Clyde*; con una barca que sale de noche á la pesca de la sardina; con las *Arenas blancas*, otro cuadro de gran efecto luminoso; con otros varios que representan tipos de mujeres bretonas y marinos de aquella región; con diferentes estudios, á pleno sol, de niños en el baño y en las playas, de los cuales el más notable es el llamado *El baño en las rocas*; con los varios tipos y estudios de Portugal; con una porción de apuntes hermosísimos de las localidades visitadas, y con un conjunto de acuarelas casi todas ellas de tipos de Bretaña, porque Vila y Prades ha presentado una exposición completa, digna por todos conceptos de detenido estudio.

Un éxito artístico tan notable tenía que coincidir con un éxito pecuniario no menor, y así nos complacemos en hacerlo constar, pues el resultado supera á los cálculos más optimistas. Cierto que Vila y Prades, ya en su primera exposición, sugestionó por completo al público bonaerense. En la presente no ha hecho más que acentuar su primer triunfo con el mérito superior, siempre creciente, de las obras nuevamente presentadas.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre, 1906.



Playa de Concarneau (Bretaña), cuadro de Julio Vila y Prades

tradiciones, de grandiosos espectáculos marítimos y celestes, de Arte, en fin, de que toda ella está intensamente impregnada.

Pero antes quiso trasladar á la tela algunas escenas vividas en pleno Océano; y puestas sus plantas en el reino lusitano, quiso llevarse también algo del alma de la nacionalidad portuguesa.

Con todas estas soberanas impresiones ha llegado á la capital argentina; y casi sin tiempo material de descanso ha presentado al público porteño su segunda exposición de pintura con una espléndida y particular factura que ha llamado poderosamente la atención de cuantos entienden - en grado mayor ó menor - de artes plásticas; exposición propia de un moderno artista digno de la más alta fama, como corresponde en justicia al señor Vila y Prades, dignísimo discípulo del gran maestro.

La exposición consta de setenta cuadros y se halla instalada en el salón de la gran fotografía Witcomb, que, con este motivo, ha sido durante unas semanas el punto de diaria reunión de los inteligentes y aficionados. Excepción de cuatro preciosos retratos de tamaño natural, todas las demás telas son las impresiones traídas del viaje mentado; y todas ellas tienen cualidades especiales de una técnica irreprochable, habiendo vencido en cada caso las múltiples dificultades presentadas.

Tejedoras de Portugal es un cuadro de regular tamaño, pintado con amor y con atenta observación, recomendándose además por la naturalidad en las dos figuras, por la tonalidad y correcto dibujo en todo el componente. Es joya valiosa y de buen gusto; sobria, justa de color. Hay otra que también domina y atrae por parecido concepto: *Pelando almendra*, con toques magistrales. De un orden bien distinto es el titulado *Barcas toñeras*, un efecto de sol á pleno día, seguramente un rincón del puerto de Concarneau visto desde una altura vecina; es de una firmeza deslumbrante por su enérgico colorido. *Mala abrendiza* representa un rincón de humilde hogar en que la madre enseña los rudimentos



La zahori, cuadro de Julio Vila y Prades

ADELINA PATTI

SU DESPEDIDA DEFINITIVA DEL PÚBLICO

El día 1.º de este mes, la célebre cantante Adelina Patti se despidió definitivamente del público dando un concierto en el

Las óperas en que más ha sobresalido han sido: *Don Giovanni*, *La Traviata*, *Lucia di Lamermoor*, *La Sonnambula*, *Rigoletto*, *L'elisir d'amore*, *Linda de Chamonix*, *Barbiere di Siviglia*, *Martha*, *Crispino e la Comare*, *Dinorah* y *L'etoile du Nord*. También ha cantado *Faust*, *Aida* y *Gli Ugonotti*. En 1866 casóse con el marqués de Caux, de quien se divorció

ciertos adeptos llevan su fervor hasta el punto de no emplear en las comidas más que el agua del Jordán. Esto ofrecía ancho campo al espíritu emprendedor de los norteamericanos, y en efecto, se ha fundado en Nueva York, bajo la razón social de *International River Jordan Water Co.*, una sociedad para proveer á aquellos creyentes de agua del río



ADELINA PATTI EN 1852



ADELINA PATTI EN 1862



ADELINA PATTI EN 1906

Albert Hall de Londres. Nueve mil personas, de lo más selecto de la sociedad londinense, acudieron á escuchar por última vez á la diva que por espacio de 55 años ha recorrido triunfalmente todos los principales teatros del mundo, conquistando uno de los nombres más gloriosos en la historia del arte lírico dramático.

En el concierto de despedida cantó nueve piezas que le valieron otras tantas entusiastas ovaciones, siendo obsequiada al final con una lluvia de flores y con multitud de valiosos regalos, entre los cuales llamó la atención una colosal estrella de siete puntas de crisantemos amarillos, de cerca de dos metros de alto, iluminada con lámparas eléctricas colocadas en cada extremo.

Adelina Patti nació en Madrid en 1843; á la edad de nueve años debutó en los Estados Unidos y á los doce daba conciertos en los principales teatros de América. En 1859 cantó *Lucia di Lamermoor* en Nueva York, y á partir de aquella fecha su carrera artística fué una serie no interrumpida de triunfos.

en 1877, casándose luego con el tenor Nicolini; fallecido éste en 1898, contrajo Adelina, al año siguiente, matrimonio con el barón de Felderbrum. Desde hace muchos años reside en su magnífico castillo de Craig-y-Nos, en el País de Gales.

Adelina Patti ha cobrado indudablemente la cantidad más elevada que se haya pagado nunca á ningún cantante. Según confesión propia, hecha recientemente á un *reporter* londinense, en Montevideo cobró 1.200 libras esterlinas (30.000 pesetas) por representación, durante dos temporadas de sesenta representaciones cada una. - R.

UNA EMPRESA EXPLOTADORA

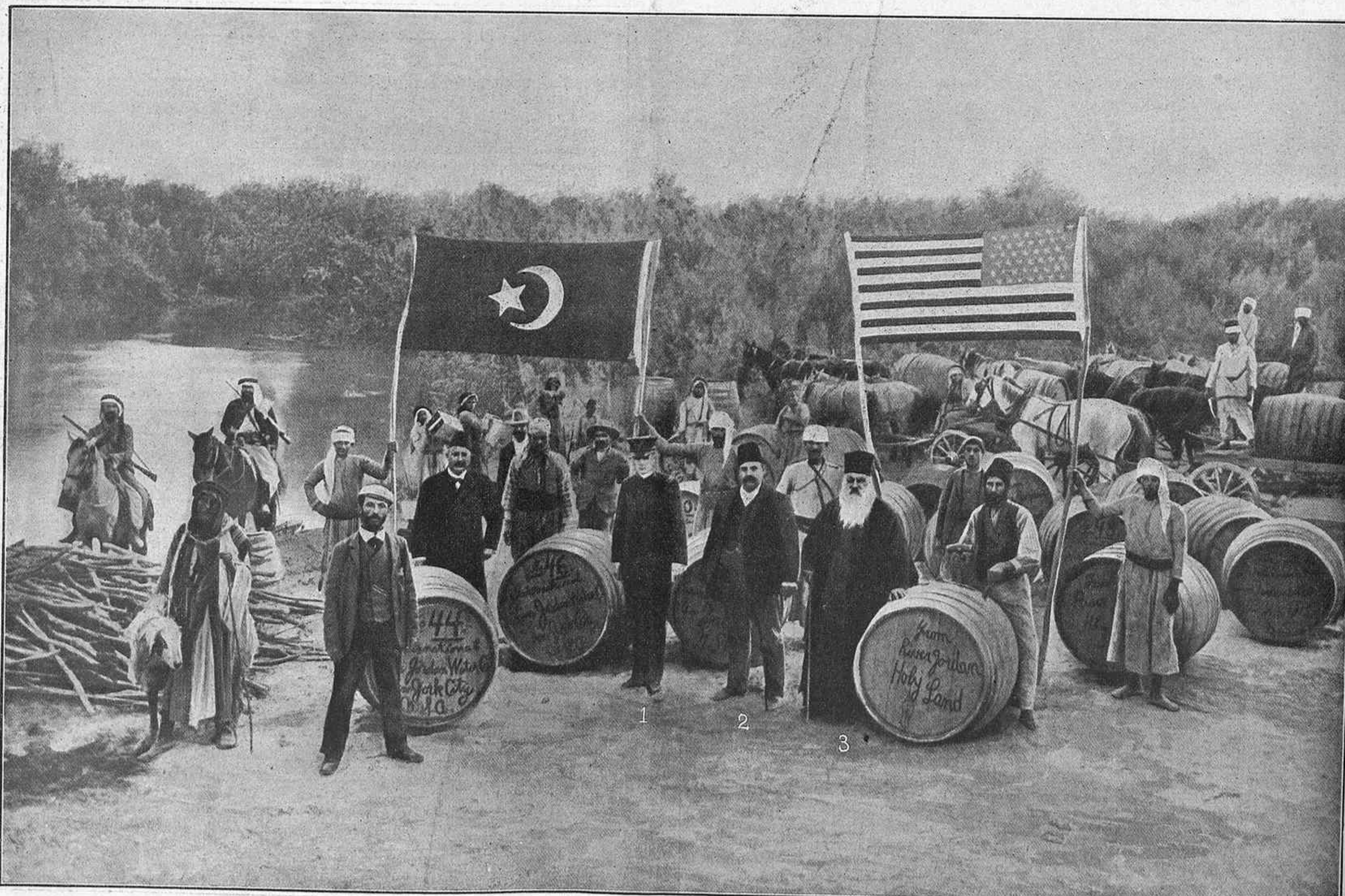
DEL AGUA DEL JORDÁN

En América, en donde tanto abundan las sectas religiosas, hay una que para administrar el bautismo considera indispensable el agua misma con que fué bautizado Jesucristo. Es más,

santo. Esa sociedad ha enviado á los Santos Lugares á su presidente, el coronel Cliford E. Nadaud, con la misión de exprimir el sagrado líquido en cantidad suficiente.

El coronel ha desempeñado con excelente éxito su cometido, á pesar de las grandes dificultades que para ello ha tenido que vencer. En primer lugar, la construcción de barriles fué muy costosa, habiendo sido preciso llevar la madera del As Menor; en segundo, los convoyes que conducen el agua han de recorrer un trayecto de 112 kilómetros al través de los montes de Judea antes de llegar á la costa, en donde la carga es embarcada. El agua se expide hervida y filtrada en barriles numerados, á los que acompañan los certificados del consue que atestiguan su origen y su pureza.

La fotografía que reproducimos está tomada en el sitio mismo en donde, según afirma la tradición, San Juan bautizó á Redentor. En ella están retratados el coronel Cliford E. Nadaud, el gobernador de Jericó Ali-Riza, y el P. Maximos, representante del patriarca de Jerusalén.

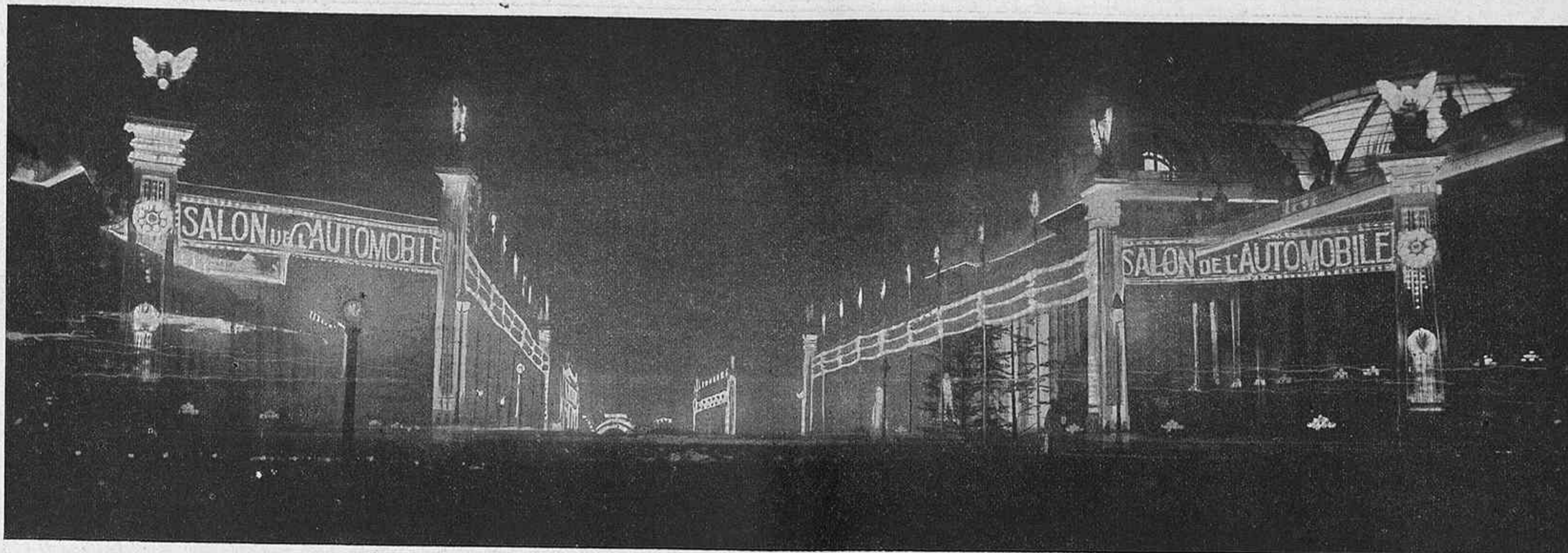


UNA EMPRESA EXPLOTADORA DE LAS AGUAS DEL JORDÁN. - A orillas del río; barriles preparados para su expedición á los Estados Unidos. Los principales personajes que hay en la fotografía son: 1, el coronel CLIFORD E. NADAUD, presidente de la compañía; 2, ALI-RIZA, gobernador de Jericó; 3, el P. MAXIMOS, representante del patriarca de Jerusalén

Gr
nove
en cu
de lo
extra
cient
dos e
con m
demo
lista,
se ha
Los
llenar
de es

4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

PARÍS.— EL NOVENO SALÓN DEL AUTOMÓVIL



VISTA EXTERIOR DEL GRAN PALACIO ILUMINADO. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Grandioso, indescriptible, es el espectáculo que ofrece el noveno Salón del Automóvil, instalado en el Gran Palacio y en cuatro pabellones anexos construídos ex profeso en la plaza de los Inválidos. Todas las principales fábricas francesas y extranjeras han expuesto sus mejores productos, sus más recientes adelantos, sus más útiles perfeccionamientos, agrupados en lujosas instalaciones, que durante la noche se iluminan con millares de luces eléctricas, y que son la más elocuente demostración del desarrollo colosal de la industria automovilista, de esa industria recién nacida y que en muy pocos años se ha colocado al nivel de las más potentes.

Los automóviles de paseo ó de carrera de marcas francesas llenan la inmensa nave central del Gran Palacio; los vehículos de ese género de fabricación extranjera ocupan las galerías

laterales. Los pabellones de la plaza de los Inválidos están destinados á los automóviles utilitarios, ómnibus, carros industriales y agrícolas y canoas automóviles.

Es imposible, en una publicación como la nuestra, pasar revista de todo lo que en Salón se expone, ni siquiera mencionar lo más importante que en él puede admirarse. Las marcas, cada una con su especialidad, se cuentan por docenas, los vehículos expuestos por centenares, y aparte de ellos hay las instalaciones especiales de las industrias auxiliares.

Una de las particularidades que caracteriza el actual Salón son los motores de seis cilindros: el inconveniente que antes presentaban éstos de aumentar considerablemente las dimensiones del *capot*, ha desaparecido, gracias á ciertas ingeniosas disposiciones que permiten encerrar los seis cilindros en un

espacio igual al que ocupan los motores de cuatro cilindros.

No terminaremos estas líneas sin hacer constar el excelente efecto que han producido los vehículos expuestos por la fábrica barcelonesa «La Hispano Suiza,» á los que dedican muy laudatorios conceptos los periódicos profesionales.

La inauguración oficial del Salón se efectuó el día 7 de los corrientes y revistió gran solemnidad. El presidente de la República M. Faillieres recorrió todas las instalaciones, acompañado de una numerosa y brillante comitiva y entre un público escogidísimo que llenaba el Gran Palacio.

Las dos fotografías que reproducimos dan perfecta idea de la grandiosidad de la exposición y del mágico efecto que produce de noche el exterior del inmenso y elegante edificio en donde ésta se celebra. — S.



VISTA DE LA NAVE CENTRAL DEL GRAN PALACIO, EN DONDE ESTÁN INSTALADOS LOS AUTOMÓVILES DE PASEO Y DE CARRERA. (De fotografía de M. Branger.)

no emplear
 dor de los
 ueva York,
 Water Co.,
 gua del río

es á su pr
 ón de exp

su come
 o ha teni
 barriles fu
 ra del As
 el agua ha
 de los mo
 la carga e
 en barrile
 del cónsu

el sitio mis
 bautizó a
 ord E. Na
 aximos, r

que hay
 asalén



DESPUÉS DE UNA JORNADA FATIGOSA, CUADRO DE FELIPE C. STRETTON, GRABADO POR BONG. (Copyright 1898 by Landecker & Brown, London E. C.)

LOS PREMIOS NOBEL DE 1906

Completando la serie de retratos de los agraciados en el presente año con los premios Nobel, publicamos adjuntos los retratos del presidente Roosevelt y del sabio inglés Mr. José J. Thomson, á quienes han sido otorgados los correspondientes á la Paz y á la Física respectivamente.

La intervención que tuvo en la paz ruso-japonesa ha sido seguramente lo que ha decidido á la comisión del Storting noruego á conceder el premio de la Paz á Mr. Roosevelt, el cual ha enviado con este motivo al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Suecia el siguiente telegrama:

«Me siento profundamente conmovido por el honor que se me dispensa otorgándome el premio Nobel de la Paz. Nada podía tener para mí mayor valor, y deseo poder expresar mi gratitud en toda su intensidad. Os doy las gracias en mi nombre y en el de los Estados Unidos, ya que si he podido hacer lo que he hecho ha sido únicamente como representante de la nación cuyo presidente soy en la actualidad.

»Después de maduras reflexiones, me he convencido de que el mejor uso que puedo hacer de esa suma será destinarla á la creación de un comité permanente de conciliación entre patronos y obreros. Ese comité residirá en Washington y su misión consistirá en trabajar para el establecimiento de relaciones mejores y más igualitarias entre mis compatriotas dedicados, ya como capitalistas, ya como asalariados, á explotaciones industriales y agrícolas.

»Este empleo será conforme con la intención del fundador de ese premio, pues en la vida moderna importa tanto trabajar para que impere una paz honrosa que garantice el respeto de los derechos recíprocos en el mundo de la industria como entre las diversas naciones.»

Después de la lectura de ese telegrama, el presidente del Storting declaró que Mr. Roosevelt, dando tal destino á su premio, se manifiesta nuevamente como uno de los grandes bienhechores de la humanidad.

Mr. José J. Thomson, profesor de la Universidad de Cambridge, cuenta actualmente cincuenta años, y hasta ahora no ha gozado, ni siquiera en Inglaterra, de la popularidad de que es digno por sus grandes conocimientos; y quizás la mayoría de sus compatriotas se habrán enterado de su existencia al enterarse hace unos días de que le había sido otorgado el premio Nobel.

Y sin embargo, pocos hombres hay que honren á su patria tanto como el autor del libro *Electricity and Matter*; gracias á sus trabajos comienza á hacerse la luz en las tinieblas que hasta ahora envolvían la electricidad, no en cuanto á sus aplicaciones, sino en cuanto á su naturaleza, á su génesis y á su mecanismo, y se ve surgir un nuevo concepto de la materia y de la vida.



BUDAPEST. - MONUMENTO Á ANDRASSY, inaugurado el día 2 de los corrientes, obra de Jorge Zala

A Thomson quizás más que á ningún otro debemos el saber que el átomo, considerado durante mucho tiempo como indivisible, se compone de un número infinito de corpúsculos que gravitan con asombrosas velocidades unos en torno de otros, al modo de los astros, y que esos corpúsculos llamados *electrones* son la condición necesaria y suficiente á la vez de los fenómenos eléctricos y del equilibrio relativamente estable de los edificios materiales.

Para llegar á tales conclusiones han sido precisos una fuerza de concepción y unos trabajos de experimentación y de cálculo tan extraordinarios, que no se comprende cómo la humana inteligencia ha podido realizarlos.

BUDAPEST. - MONUMENTO A ANDRASSY

En la capital de Hungría inauguróse el día 2 de este mes este monumento erigido á la memoria del eminente hombre de Estado que en el pasado siglo desempeñó un papel tan im-



El presidente ROOSEVELT, á quien se ha concedido el premio Nobel de la Paz. (De fotografía.)



MR. JOSÉ J. THOMSON, á quien se ha concedido el premio Nobel de Física. (De fotografía.)

portante en la política universal y cuyo nombre, según rase del propio Guillermo II, va unido inseparablemente á la conclusión de la alianza austro-alemana.

Sobre un elegante pedestal álzase la estatua ecuestre del canciller arrogantemente modelada; en los lados de aquél hay altos relieves que reproducen episodios importantes de la vida pública de Andrassy. El conjunto del monumento es eminentemente artístico.

La inauguración coincidió con las fiestas conmemorativas del 58.º aniversario del advenimiento al trono de Francisco José y se efectuó con gran solemnidad.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 809, 812 y 816-817.)

Retrato de la reina Isabel, pintado por Velázquez. - Ridículo sería, tratándose de tan gran maestro, hablar de las bellezas de esta obra. Aparte de que el nombre de Velázquez se impone con sólo enunciarlo, las excelencias de ese retrato que se conserva como valiosísima joya en el Museo de Madrid son tantas y tan patentes, que aun ignorándose que es debido á tan excelso artista, nadie vacilaría en afirmar que quien lo ha pintado merece contarse en el número de los inmortales en el mundo del arte.

Palique, cuadro de Ulpiano Checa. - El autor de este cuadro, que durante tanto tiempo se dedicara á la pintura grandiosa, de la que son hermosas manifestaciones sus famosos lienzos *La invasión de los bárbaros*, *Waterloo* y otros no menos celebrados, nos cautiva ahora con cuadros de género tan distinto de aquél como el que en el presente número reproducimos. *Palique* es un portento de naturalidad, una escena admirablemente observada y trasladada á la tela con gracia encantadora; las figuras, arrancadas de la realidad y sorprendidas en un momento felicísimo, hablan, como vulgarmente se dice; el paisaje, trazado á grandes pinceladas, forma un delicioso marco alrededor de esas tres lindas muchachas.

Después de una jornada fatigosa, cuadro de Felipe C. Strelton. - Terminó la cacería, regresaron al castillo los cazadores, y los perros, que tan valientemente se portaron durante la jornada, descansan junto al hogar de las fatigas del día, mientras esperan la substanciosa cena que ha de restaurar sus cansadas fuerzas. El autor del cuadro ha tratado este asunto con gran habilidad técnica, que es lo único que en temas de esta índole puede exigirse, pintando de un modo magistral esos perros que constituyen el elemento capital, por no decir único, de la composición.

LA TELEFOTOGRAFÍA

Aun cuando en el número anterior nos ocupamos del invento del profesor Korn, señalando los últimos progresos por éste realizados, nos parece oportuno, con motivo de la publicación de los dos grabados adjuntos, decir algo acerca de las distintas etapas por que ha pasado ese descubrimiento prodigioso.

Un francés, Senleq d'Ardrés, fué quien obtuvo los primeros resultados en la solución del problema, construyendo en 1877 el teleoscopio que lleva su nombre; en 1877, Perosino inventaba un telefotógrafo; después vinieron el telescopio eléctrico de Paiva, los aparatos de Ayrton y Perry y de Carey y el telefotógrafo, ya más perfecto, de Bidwell.

La mayoría de esos sabios buscaban más bien la solución del problema de la visión á distancia que la del de la transmisión de las imágenes.

Al profesor Korn se debe el haber hecho posible una primera aplicación realmente práctica. Estudiando los tubos al vacío, observó que iluminándolos por medio de corrientes alternativas de altísima frecuencia, puede hacerse variar la intensidad de la luz emitida por pequeñas chispas eléctricas inter-

caladas en el circuito; y concibió entonces la idea de utilizar esos tubos como receptores telefotográficos.

En su primer aparato empleaba un tubo enteramente cubierto de papel negro, excepto en un punto, en donde había practicada una pequeñísima abertura por la cual los rayos luminosos podían impresionar una película sensible. Un galvanómetro de aguja permitía regular la longitud de las chispas proporcionalmente á las iluminaciones de una placa de selenio colocada en la estación transmisora. Tal era su aparato de 1902.

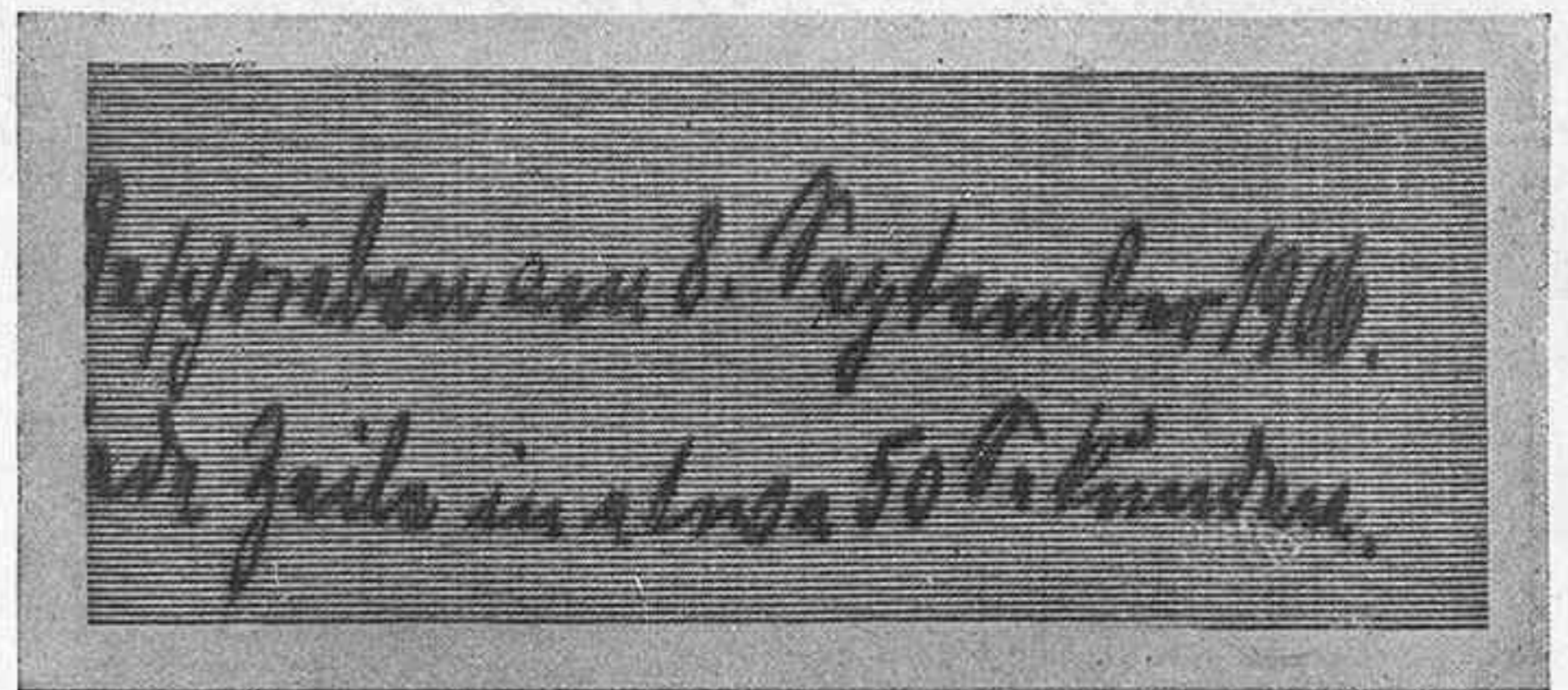
En aquella época el profesor Korn se limitaba á reproducir dibujos y especímenes geométricos de escritura, y para facilitar el isocronismo dividía los dibujos en pequeños cuadros que colocaba á la mano y sucesivamente delante del aparato transmisor; pero las chispas no graduaban bastante los tonos, y los resultados obtenidos fueron insuficientes, según puede verse en la fig. 2.

Poco á poco perfeccionó su procedimiento, primero mediante la introducción de un dispositivo regulador del isocronismo; luego con la substitución del galvanómetro de aguja y de los tubos al vacío por un galvanómetro de cuerdas, y finalmente, por la aplicación del compensador que suprime la inercia del selenio.

Tres años han bastado al profesor Korn para llevar su sistema al grado de perfección que hoy tiene y del que son patente muestra los grabados que publicamos en el número último y el ejemplar de reproducción de escritura que va señalado con la fig. 1 á continuación de estas líneas.

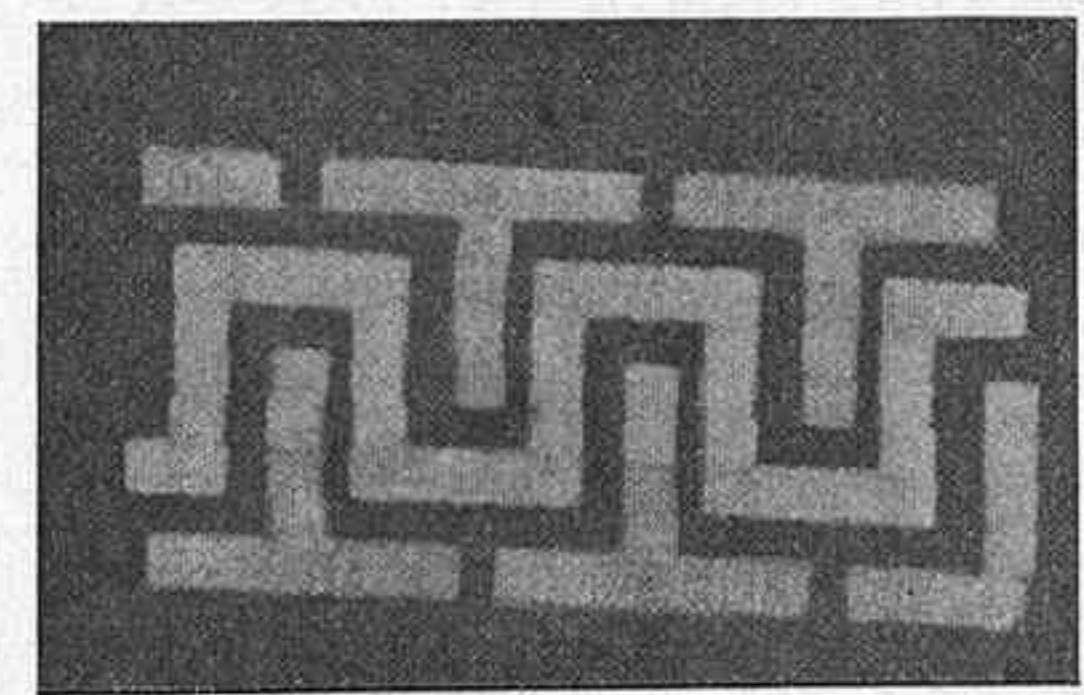
MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - *Salón París.* - La Socie-



LA TELEFOTOGRAFÍA. - Fig. 1. Escritura transmitida en 8 de septiembre de 1906. Esta prueba demuestra la formación helizoidal de las estrías

dad Literaria y Artística de Cataluña ha celebrado su exposición anual, en la que figuraban bellísimos paisajes y marinas de Modesto Urgell; dos bustos femeninos llenos de poesía y un lindo retrato de niña de Juan Brull; hermosos paisajes de



LA TELEFOTOGRAFÍA. - Fig. 2. Primera imagen telefotográfica obtenida en 1902

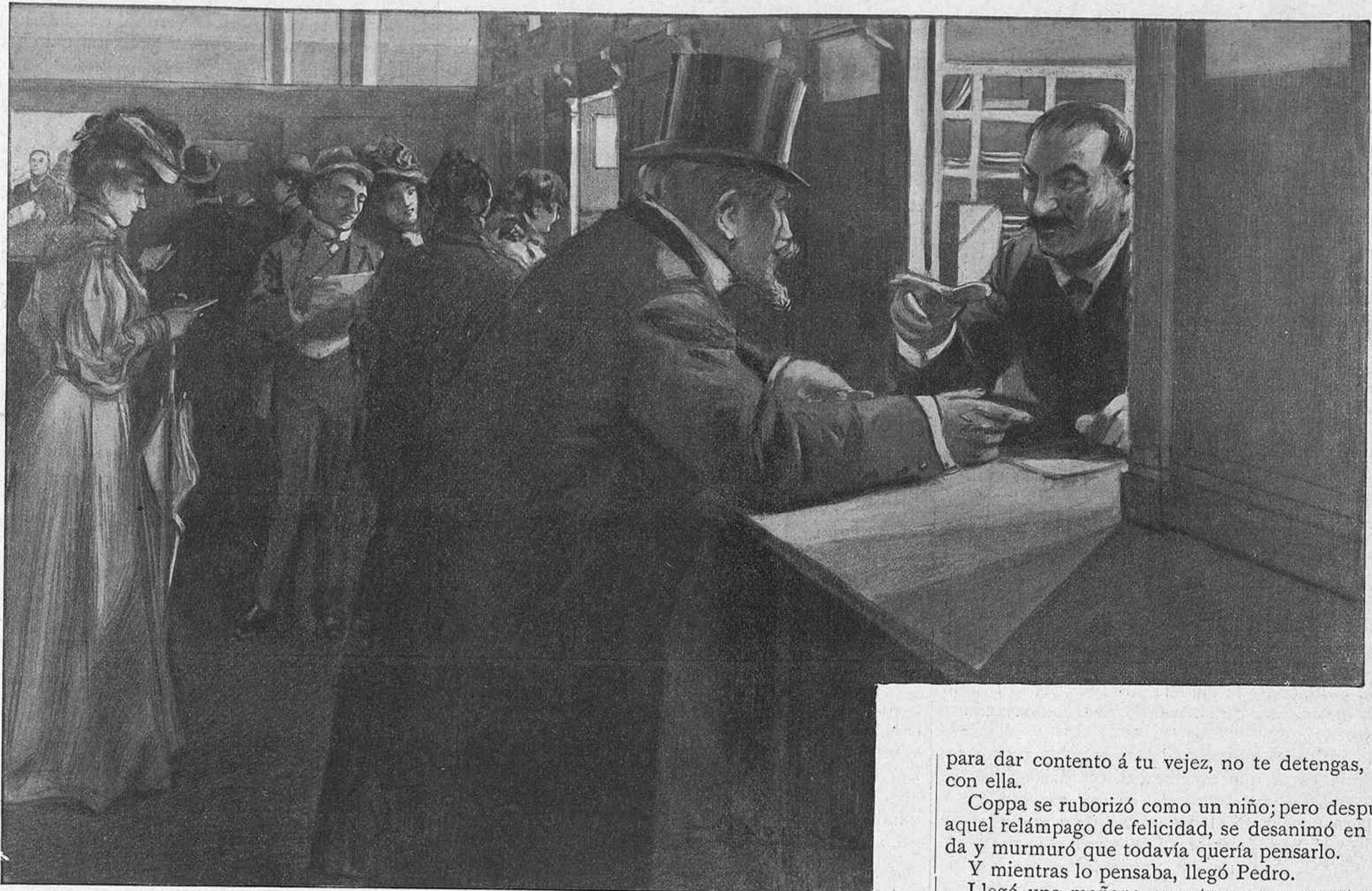
Enrique Galwey; varios dibujos y una alegoría de la Música, perfectamente concebida y ejecutada, de José M.^a Tamburini; varios notables retratos de Ricardo Urgell; un busto, rico de color, de Manuel Cusí; varios lienzos brillantemente pintados de Aurelio Tolosa, y algunos paisajes muy bien sentidos de Tomás Roger.

En el propio salón se han expuesto recientemente un notable cuadro religioso de Andrés Larraga y un magnífico retrato de San Raimundo de Peñafort de José María Marqués.

Espectáculos. - BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els pobres menestrals*, obra en tres actos de Adriano Gual; y en el Eldorado *El niño prodigio*, comedia en dos actos de los Sres. Alvarez Quintero.

En el teatro Principal, el célebre violinista catalán Juan Manén ha dado un notable concierto cuyo programa se componía de la *Chacona*, de Bach; una romanza de Beethoven; la *Sinfonía española*, de Lalo; *I palpiti*, de Paganini, y un *Pre-ludio*, *Andante* y *Variaciones* del mismo concertista. Todas estas piezas fueron admirablemente ejecutadas por el Sr. Manén, y acompañadas, excepto las obras de Beethoven y Paganini, por una orquesta dirigida por el maestro Lamote de Grignon, que además tocó sola un fragmento de *La flauta mágica*, de Mozart, y el minué de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^a ITALIENS, PARIS.



Coppa fué al correo á hacer averiguaciones (pág. 806.)

CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE CALDERE

(CONCLUSIÓN)

»Entonces Pedro me escribirá á mí, á la lista de correos, según le dije; mas como yo no voy al correo porque las cartas me las llevan á casa, el hombre se cansará de esperar, renunciará á su intento, si es que ya no ha renunciado, y se irá á trabajar otra plaza.»

Coppa se repitió muchas veces estas y otras palabras, mientras se encaminaba á buen paso hacia el pórtico de la plaza de la Catedral; pero al llegar allí, se detuvo un momento, después retrocedió lentamente hasta el correo y echó en el buzón la carta, la cual decia á Pedro Corruccini que fuese en seguida á casa de Niña y pidiera su mano, que no le sería negada.

Mientras regresaba á su casa, Coppa, para consolarse, se repitió varias veces mentalmente, como si alguien se las fuera dictando, estas palabras: «Si no viene, mejor.»

VIII

No se había vuelto á hablar de Pedro y sin embargo Coppa no podía quitárselo de la cabeza. En cambio, dijérase que Niña ya no pensaba en él, y hasta desde hacía algunos días tarareaba y reía mejor, mostrábase más dócil á las lecciones de órgano de papá Desiderio y hablaba de ir al Conservatorio para aprender el canto teatral. Pero cada vez que sacaba á la conversación este último tema, Coppa le hacía observar que la carrera del teatro no se había hecho para ella y que su carrera debía ser otra.

—¿Cuál?, preguntaba la muchacha.

Coppa no le contestaba, pero seguía pensando en aquellas cuatro palabras: «Si no viene, mejor.»

También pensaba en ellas Desiderio.

«¿Qué esperamos?—decíase á sí mismo.—Si ha de cometerse esa tontería, cométase pronto; pues por más que él diga, me parece que no tiene mucho tiempo que perder. Puede ser que sea capaz de hacer grandes cosas; pero si he de juzgar por mí...»

¡Chitón! Ni el aire había de tener conocimiento del secreto temor de Desiderio, quien se habría reído de buena gana del desvarío de su viejo amigo, si no se hubiese tratado de un amigo antiguo y si aquel desvarío no hubiese sido un dolor. Él, en cambio, renacido á la felicidad, daba todas las noches las gracias al cielo porque le había concedido, cuando ya se hallaba al borde de la tumba, la belleza bondadosa de Niña, y daba todas las mañanas las gracias á Esperanza porque durante la noche había estado un rato á la cabecera de su lecho.

Y en un rincón del pensamiento surgíale la idea de dar á la muchacha su propio nombre. ¡Diosdado! No era el nombre de su padre ni el de su madre, porque ni á uno ni á otra había conocido; era un nombre enteramente suyo, se lo había dado el hospicio de los expósitos..., ó quizás Dios en persona. Niña, tomando ese nombre, iría á casarse llamándose Esperanza Diosdado. ¡Lástima que después de casada cambiaría de nombre nuevamente y con desventaja! En realidad, ¿qué atractivo había de encontrar en llamarse la señora de Coppa? Otra cosa no le parecía al buen Desiderio cierta ni posible, llegar á ser suegro del viejo amigo de la infancia. Pero si el cielo realmente lo hubiese querido así, si su hija estuviese verdaderamente contenta, si su yerno fuese al fin feliz, ¡qué alegría! De todas esas cosas, no imposibles ciertamente, la menos probable era la última, es decir, que Coppa hallase al fin un contentamiento que le pareciera ser la felicidad, porque de fijo querría atrapar la felicidad entera y verdadera, con lo cual el contentamiento no tardaría en desvanecerse.

El propio Coppa tuvo un día el mismo temor. Desiderio le había disparado á boca de jarro el siguiente escopetazo:

—Pedro Corruccini se ha olvidado de Niña y páreceme que Niña está en camino de olvidarse de Pedro. Este es el momento oportuno; si te sientes con ánimos para hacer dichosa á esa buena muchacha y

para dar contento á tu vejez, no te detengas, cástate con ella.

Coppa se ruborizó como un niño; pero después de aquel relámpago de felicidad, se desanimó en seguida y murmuró que todavía quería pensarlo.

Y mientras lo pensaba, llegó Pedro.

Llegó una mañana muy temprano, secretamente, como si temiera dejarse ver, y por la portera hizo subir su tarjeta encargando que dijese que abajo estaba esperando y que preguntase si podía subir á aquella hora.

Coppa corrió al cuarto de Desiderio para consultarle el caso; pero apenas hubo dicho de qué se trataba, asomóse á la puerta y dijo á la portera:

—Que suba.

El viejo Desiderio no respiraba siquiera, y mientras acababa de vestirse, procuró leer en el rostro de su amigo, el cual iba de un lado á otro.

—¿Duerme Niña todavía?, preguntó Coppa.

Y la propia Niña contestó llamando á la puerta.

—Hay un caballero que pregunta por ti, dijo.

—Entra, Niña.

La muchacha entró sonriente como de costumbre y estampó un beso en las mejillas de los dos viejos.

—¿A ese caballero, ¿lo has visto tú?, preguntó Coppa mirándola fijamente.

—Apenas, respondió Niña sin evitar la mirada del anciano.

Parecía sincera; no se mostraba demasiado desenvuelta y audaz. Tal vez no había reconocido al Pedro de sus ensueños.

Esto era ya un consuelo para el ánimo del viejo enamorado, en ayuda del cual acudió Desiderio con esa otra pregunta:

—¿Cómo es ese caballero, joven ó viejo?

—Joven...

—¿Guapo?..

—¡Oh, no! Me ha parecido que tenía la cara hinchada..., estaba con la cabeza baja... Pero ¿por qué me haces esas preguntas?

Coppa, sin decir palabra, irguió la cabeza cuanto pudo y fué al encuentro de su rival.

Tenía razón Niña; aquel caballero estaba desconocido, pero era él. Pedro Corruccini apenas había pasado del umbral de la puerta y casi no se atrevía á entrar en la sala; tan grande era el desaliento que de él se había apoderado. Permanecía con la cabeza baja y su cara hinchada, en la que estaban casi ocultos los ojos, inspiraba compasión.

Coppa, compadecido de veras, acercóse al infeliz y con una ternura que él mismo no se explicaba, le preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—Las viruelas. Hallábame hace un mes en Niza trabajando la plaza, y estaba contento de venir á Milán, en donde esperaba que alguien me aguardaba, cuando me dió la enfermedad, que me ha dejado tal como usted ve. La señorita no me ha reconocido, ¡tan cambiado estoy! Ella, en cambio, tan hermosa siempre.

Pedro hablaba con acento desconsolado, y cuando dijo: «Ella, en cambio, tan hermosa siempre,» tem-

bló en su voz una cuerda que era á la vez deseo y pena.

Coppa adivinó toda aquella alma dolorida y le pareció condolerse también él sinceramente cuando le dirigió con cierta brusquedad una frase de consuelo.

—Pero ahora está usted curado, ¿no es verdad? Pues no se desanime.

—Lo mismo me ha dicho el médico, quien no quería que yo partiese de Niza; pero yo estaba impaciente por venir á Milán, al ver que no recibía contestación á las cartas que había escrito.

—¿Escribía usted á Niña?

—No, escribí á usted á la lista de correos, tal como me había usted dicho. ¿No ha recibido usted nada?

—No.

—¡Ya lo ve usted! Es mi destino. Había dicho á la señorita que estaría de vuelta el día primero de mes, y ella había prometido escribirme dos letras, á la lista de correos, para que yo supiese dónde podía hacer... una visita al Sr. Coppa. Llego aquí, voy en seguida al correo y no encuentro nada; entonces me he dicho que la señorita debía saber que estoy deformado y que ya no me quería... Tiene razón, pobre criatura. ¡Estoy tan feo, y ella, en cambio, está tan hermosa!

El viejo Coppa, atento á una discusión extrañísima que sostenía en su fuero interno, no sabía discernir bien si estaba afligido, como le parecía, á causa de la cara hinchada de Pedro, ó si se sentía satisfecho del todo, como le parecía también, por el triunfo seguro, inminente, de su propio rostro, diariamente afeitado.

Pedro, viendo que nada le contestaba, prosiguió:

—En la carta que escribí á usted desde Niza, le pedía que dijese á la señorita... que no me siento con valor para pensar en el hermoso sueño que acaricié á bordo del *Sud América*... y que por este motivo...

—¿Que por este motivo?, preguntó Coppa por decir algo.

—Que por este motivo renunciaba á ella.

Al pronunciar en voz baja esas desconsoladoras palabras, que ya le habían hecho llorar cuando la escribía, sollozó como un niño.

—¡Animo!, dijo Coppa. ¡No llore usted!

—No, no lloro; no quería ni siquiera venir á esta casa, pero el deseo ha sido más fuerte que la voluntad...

El anciano tenía en la punta de la lengua otras palabras consoladoras, pero vacilaba en pronunciarlas porque le parecían hipócritas, saturadas de egoísmo. Por esto callaba, mas también el silencio era crueldad.

—Sr. Corruccini, dígame qué es lo que quiere usted hacer, qué es lo que yo he de decir, porque si puedo... crea...

—Páreceme que nada hay que hacer por mí..., no diga nada..., es decir, sí, dígame á la señorita á qué estado me veo reducido..., y con esto ya lo habrá dicho todo. Yo me iré á correr por el mundo, como he hecho hasta ahora.

A Coppa se le había ocurrido una idea y hacía un rato que se fatigaba en examinarla de lejos, sin saber bien aún si debía acogerla ó rechazarla.

—Estoy pensando una cosa, dijo al fin tranquilamente; no sé si es buena ó mala y usted es quien ha de decidir. Pienso que lo mejor es que mi hija le vea á usted...

Pedro hizo resueltamente con la cabeza un ademán negativo.

—¿No?.. ¿No lo cree usted conveniente?, prosiguió el viejo en tono cariñoso. Pues siendo así espere á que la hinchazón desaparezca, porque desaparecerá, y entonces su cara recobrará casi el aspecto de antes... No se aflija; las muchachas como la mía no se enamoran tan sólo de un rostro terso. ¿Es que el corazón, la bondad... y [todo lo demás no significan nada?

Pedro hizo un gesto de desconfianza; en su concepto, *todo lo demás* significaba muy poca cosa.

—Prefiero que sea usted quien la entere..., y si acaso quisiera ella ver toda mi desgracia..., escribame usted. Vivo en la calle de Solferino, número 41, tercer piso. Pero estoy seguro de que no volveré á esta casa.

Coppa no quiso contradecirle; acompañó hasta la puerta á su infortunado visitante y le despidió estrechándole cariñosamente la mano.

Después fué á reunirse en el comedor con Niña y Desiderio.

IX

—¡Pobre chico!, exclamó Coppa entrando en aquella estancia.

—¿Quién?, preguntó Niña.

El anciano, en vez de contestar, se interrogó á sí mismo. Parecía entonces que estaba realmente afligido; el acento de conmiseración que había puesto en aquellas dos palabras no era de seguro hipocresía y quiso repetir las:

—¡Pobre chico!

—¿Quién?

—¿De quién quieres que hable sino de él? ¿No le has visto en la puerta cuando entraba?

—¿A quién?

—A Pedro Corruccini.

—¿Era él?

—¿No le has reconocido? Sí, él era, y á decir verdad, yo mismo, aun teniendo en la mano su tarjeta, esperaba que me dijese con quién tenía el honor de hablar. No exagero. La viruela lo ha desfigurado hasta este punto; dióle en Niza, hace un mes, y aunque ya está curado, conservará las señales mientras viva. ¡Pobre muchacho!

—¡Era él y no ha querido verme!, murmuró Niña.

—No digas eso. ¡Pobrecito! Lo que no ha querido es que le vieras tú para no inspirarte repulsión.

Viendo que Niña repetía, como si estuviera desmemoriada: «¡Era él!» y que Desiderio esperaba en silencio, Coppa prosiguió:

—«¿Qué piensa usted hacer?» le he preguntado; y él me ha contestado: «Nada; me iré lejos á esconder mi deformidad.»

—¿Pero está realmente tan feo?, preguntó en voz baja Desiderio.

—¡Caramba!.. Sí..., no está guapo, que digamos; pero seguramente con el tiempo se le arreglará la cara de modo que... no resulte tan repulsiva como ahora... Sí, está verdaderamente feo, repitió con acento compasivo dirigiéndose á Niña; tiene el rostro hinchado y encarnado y hasta parece que le faltan pedacitos de carne. Le he consolado como he podido..., pero la verdad es que no está guapo ni mucho menos..., ¡ea!

Niña interrogaba aún con los ojos llenos de lágrimas y Coppa no encontraba ya una palabra de consuelo, porque ahora se imaginaba ser un hipócrita feroz. Después de dar un par de vueltas por el comedor, salió silenciosamente.

Apenas hubo salido, Niña corrió á refugiarse en los brazos de Desiderio sollozando.

—¿Conque le querías mucho?

La muchacha no respondió al pronto; primero lloró y luego secándose las lágrimas dijo:

—Creo que no le quería; mientras no vino no lloré, y ahora lloro sin saber por qué y me parece que le daría gustosa todo mi amor para consolarle.

Desiderio recogió con su pañuelo las últimas lágrimas de Niña y besó á ésta en la frente.

—¡Tienes un corazón de oro! Y ahora, ¿qué quieres hacer?

—Dejarlo marchar así como un perro porque se ha vuelto feo sería muy cruel, ¿no es verdad? ¿Qué culpa tiene él de que la viruela le haya estropeado el rostro? Esa misma enfermedad, ¿no podría acaso estropearme mañana el mío?

No, esto sí que no; la viruela por sí sola no puede nada; es el cielo quien la envía á estropear ciertos rostros para que pueda decirse que antes eran bellísimos; pero una carita tan tersa, tan risueña como la de Niña...

Esta demostración que Desiderio quería formular fué interrumpida por estas palabras de la muchacha:

—Oye ¿y si le escribiera?

Sí, ¿qué mal habría en que Niña escribiera á aquel desgraciado?

—De fijo que espera alguna palabra de consuelo...

—¿Y qué quisieras escribirle?

—Quisiera hacerle comprender que no soy una loquilla, que su desgracia me apena..., nada más.

Desiderio, después de pensarlo un rato y no viendo en ello nada censurable, acabó por consentir.

—Escribe, dijo; luego daremos á leer la carta á papá Coppa, que también la aprobará.

Y Niña escribió en seguida algunas líneas, á la buena de Dios, tal como las pensaba, y luego las mostró á Desiderio para que viese si había muchas faltas.

No había muchas, ciertamente, porque Niña, puesta en la necesidad de escribir, salía del apuro con gran ingenio; lo poco que había aprendido en la escuela no le habría servido gran cosa, pero á ello agregaba todo lo que le enseñaran las lecturas, y no sólo esto, sino también la picardía de evitar ciertos giros de frases en los que no se sentía bastante fuerte. En cuanto á la ortografía, para la cual no basta el criterio solo, sino que exige siempre mucha práctica, corría á cargo de Coppa, pero esta vez fué Desiderio quien se encargó de ello.

Coppa no estaba preparado para la idea de que

Niña hubiese de escribir á Pedro, pero supo reprimirse y dijo, como era la verdad, que había querido que el pobre muchacho se presentase á su enamorada.

—Escondese ó huir, le he dicho, nunca ha conducido á nada; es preciso ir siempre hasta el fondo de las cosas...

La carta fué expedida y Coppa se preparó, delante del espejo, para la batalla. Resuelto él también, al parecer, á ir hasta el fondo de las cosas, esperó á pie firme la visita de su rival, y aunque no se lo confesaba á sí mismo, sentíase seguro de la victoria.

Pero la vergüenza impulsó á Pedro Corruccini á hacer lo que sólo habría podido aconsejar la prudencia; el enamorado no se presentó, sino que escribió ingenuamente:

«Gracias, señorita; es usted muy buena. Yo bien quisiera apresurarme á verla, pero me da vergüenza porque estoy desfigurado, y el médico me asegura que si tengo la cara vendada estaré menos feo dentro de algunas semanas, y yo quiero estar menos feo para presentarme á usted.»

Cuando Coppa leyó ese billete, tuvo una medrosa sospecha; la de que todas las artes del peine y de la navaja no pudieran evitar á su vejez una nueva desilusión.

Mirando á Niña á hurtadillas adivinó en su carita bondadosa un amor hijo de la compasión, y Desiderio, á quien manifestó su descubrimiento, opinó lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?, preguntóle Coppa.

—Porque no canta y sólo se ríe cuando alguno de nosotros la mira; piensa en él... y piensa en ti.

—¿En mí?

—Sí, en ti también; la misma compasión que la impulsó hacia el infortunio de Pedro, la acerca al tuyo..., porque esa muchacha es verdaderamente buena.

¡Ser amado y casarse por misericordia! Era esto una cosa posible; Pedro se contentaría con ella; pero Coppa, no.

Cuando tuvo la certeza de que Niña se veía atormentada por los dos amores infortunados, quiso ser fuerte y generoso.

—Voy á buscar á Pedro y me lo traigo aquí, dijo una mañana á Desiderio; vendado ó no, es preciso que luche si quiere vencer.

—¿Y tú?

—Me fingiré inválido, y ten la seguridad de que no se trata de un ardid de guerra. Tú que me conoces, sabes perfectamente que no podría avenirme á ser amado por compasión. ¿No opinas así?

—No. ¿Qué importa la causa con tal que el amor exista verdaderamente? Piénsalo bien para no tener que arrepentirte luego: Niña te quiere, y á estas horas ya sería tuya si... ese desgraciado...

—Lo sé; habría hecho una obra de misericordia casándose conmigo, pero había otra más meritoria... ¿No es esto lo que quieres decir?

No era esto precisamente, pero sí algo muy parecido.

En resumen, aquella mañana fué Coppa á buscar á Pedro Corruccini; y tanto y tan bien porfió, que el muchacho se dejó convencer. Él mismo quiso presentarlo á Niña.

—Niña, le dijo, ahí fuera está Pedro; ha costado mucho traerlo; no quería venir porque aún no está bien del todo, pero irá mejorando de día en día. ¡Si le hubieras visto la semana pasada!

La muchacha le miraba fijamente con sus ojos asombrados.

—No me mires de este modo; te digo que está ahí, con papá Desiderio. Ve, ve en seguida.

Coppa se sentó en la mecedora, y Niña, al abandonar silenciosamente la estancia, volvióse un momento para contemplar al viejo enamorado, el cual había cerrado los ojos, y columpiándose en aquel sillón de junco, no soñaba todavía.

Al contrario, persistía en su primer propósito de no soñar más, de sacrificarse por entero, y ya le parecía que estaba saboreando la resignación.

«Es amarga—pensaba—pero es saludable; muchos, habiéndola empleado, se han curado todos los males y viven largos años; yo haré lo mismo para vivir tanto como Matusalén.»

Sí, no; sí, no, parecía decirle la mecedora de junco con sus crujidos.

«Tiene razón Desiderio; la adoptaré, se llamará Niña Corruccini Coppa y seré para ella el hombre que la habrá amado más que nadie; seré su *padre*.»

Sí, no; sí, no.

«¿Qué harán ahora?» se preguntó, y en seguida respondióse á sí mismo: «Pedro todavía está feo y tiene los ojos bajos, avergonzado de su fealdad; Niña no se atreve á mirarle para no aumentar su angustia, pero ya ha visto bastante... Quizás quisiera haberse

quedado al lado de papá Coppa y no sabe qué decir. El bueno de Desiderio tampoco sabe qué hacer, y mira á Niña fijamente sin saber si elegirá al enamorado viejo ó al enamorado feo.»

Sí, no; sí, no.

«Tal vez sea lo contrario; Niña y Pedro se han comprendido á la primera mirada; á estas horas se aman y dentro de un mes se casarán... La elección estaba hecha sin que Niña lo supiera; la naturaleza había pensado en ello. En materia de amor, la vejez nunca tiene razón.»

Después de enunciar esta sentencia, nublóse el pensamiento y la fantasía no supo presentarle más que imágenes confusas de cosas, de personas y de sentimientos; y eran cosas antiguas, sentimientos solitarios, niños indiferentes que yacían en un mismo sepulcro.

Cuando Desiderio se acercó á la puerta y preguntó quedamente: «¿Duermes?», Coppa separó la mano del rostro bañado en lágrimas.

Y sin avergonzarse de que le viera llorar el amigo en la vida y en la muerte, interrogó á éste con una sola palabra:

—¿Conque?..

Desiderio no contestó, y entonces Coppa, poniéndose en pie, repitió:

—En materia de amor, la vejez nunca tiene razón.

Enjugóse la cara y se sonrió.

X

Las maletas habían quedado en un rincón, porque ni Coppa ni los demás se habían acordado de ellas para desahacerlas y meterlas nuevamente en el armario.

Aquel día, Coppa las contempló, abriéndolas y cerrándolas entre suspiros, y por la tarde las cogió á escondidas y quiso encaminarse á la estación del ferrocarril; pero de su determinación algo se había traslucido, así es que, en el momento preciso, Desiderio salió á acompañarle en silencio, mientras Niña permanecía en casa llorando.

Por el camino un mozo de cordel se ofreció á llevar las maletas, á lo que accedió Coppa.

—Volveré pronto, afirmaba al taciturno amigo como para disculparse. Ya comprenderás que necesito cambiar de aires; para que una tontería se cicatrice enteramente sin dejar la menor huella, el emplasto que me ha dado mejores resultados ha sido siempre un largo viaje. Esta vez, empero, será un viaje corto; en cuanto me escribas que Niña y Pedro se han puesto de acuerdo y quieren casarse, vendré para entregar la dote. ¿Quedamos en eso?

Desiderio hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Al cabo de un momento, añadió Coppa:

—Todo lo he preparado; he pedido el certificado de nacimiento de Niña, que servirá para el matrimonio y para la adopción. Y tú, está alegre y dile á Niña que no llore más, que su llanto me hace daño, que ría siempre.

—¿Adónde vas?, preguntó Desiderio cuando vió que había tomado el billete del ferrocarril.

—A Turín; escribiré en seguida.

Y entró en la sala de espera, sonriente y erguida la cabeza, precedido del mozo de cordel; Desiderio le siguió con la mirada, y cuando le hubo perdido de vista, regresó á su casa para enjugar las lágrimas de Niña.

El billete que Coppa había tomado dábase derecho á ir de un tirón á Turín; pero podía detenerse donde mejor le pareciera. Siendo esto así, ¿por qué ir á Turín y no á Vercelli, que no conocía? Largo tiempo estuvo vacilando, y cuando, ya de noche, oyó anunciar la estación de Novara, sintióse acometido de una nueva duda. ¿Por qué Vercelli y no Novara? Lo estuvo pensando hasta el momento en que cerraban la portezuela del vagón, y entonces, recogiendo sus maletas, se apeó.

Cuando el tren hubo partido, parecióle que el silbido de la locomotora se mofaba de él desde lejos, y encaminándose á una fonda, pensó en lo que le estaba pasando.

—Sí, me he vuelto irresoluto porque soy viejo y acaso porque soy débil; mi voluntad me abandona, pues estoy á punto de llegar á la indiferencia.

—¿Desea usted una fonda?, preguntóle alguien.

—Sí, una fonda. He soñado por última vez con rehacerme una juventud; Niña habría sido mi paz, y en un largo ocaso habría mirado de frente la dicha. ¡Oh, cuánto habría sabido amar aún! Pero ahora todo ha terminado.

Sin embargo, meditando un poco, hubo de confesarse á sí mismo que todo, enteramente todo, no había terminado; entre Niña y Pedro no había todavía

y en materia de amor la vejez no tiene razón nunca.

Cuando la cara hubo desaparecido del todo, surgió en la mente de Coppa una idea de lucha: ¿quién sabe? Tal vez no se ha dicho que la vejez no pueda nada; sólo ella ama de veras, y si Niña supiese...

«Aún no ha pronunciado la palabra que ha de ligarla á él, pero la pronunciará mañana,» pensó, y esta idea, introduciéndosele en el cerebro como un clavo, lo tuvo despierto toda la noche. Momentos hubo en que se propuso regresar á Milán en el primer tren para hacer más difícil la victoria de Pedro, más atormentada la propia derrota; pero se arrepentía en seguida de ello, pensando en el corazón compasivo de Niña. Además, ¿con qué pretexto justificaría su arrepentimiento? ¡Ah! ¡Si en aquel lecho, en donde se revolcaba en silencio, le diese un calenturón que le obligase á volver á su casa ó que impulsase á Niña á correr á su lado... á curarlo con un beso, á matarlo con una palabra de amor!..

Hasta que la claridad del alba no entró en su cuarto, el pobre Coppa persistió en su delirio silencioso; mas cuando la luz del nuevo día le hubo hecho ver en un rincón la percha que alargaba ingenuamente el único brazo que le quedaba, su espíritu se calmó algo y el Loco se durmió velado por los rayos del sol.

A las diez de la mañana envió un telegrama á Desiderio participándole que se había detenido en Novara, en donde aguardaba una palabra.

Esa palabra llegó á Novara al día siguiente; era de Niña y decía:

«Perdóname, papá querido, pero ¡me parece que le quiero tanto!»

Una hora después, Coppa regresaba á Milán y una vez allí dejó asombrados con su desenvoltura á Desiderio y á la muchacha.

—¿En dónde está Pedro?, preguntó alegremente. ¡Cómo! ¿No está aquí? Es ya mediodía, ¿qué espera? En nuestro tiempo, ¿no es verdad, Desiderio?, no se esperaba la hora de las visitas; cuando se podía ir á casa de la novia, se iba á todas horas, y cuando no, se paseaba por debajo de la ventana á riesgo de pescar un torticoli.

Niña se dejó engañar por aquel aplomo, y sinceramente dió gracias al cielo porque, entre las dos misericordias que podía ejercer, le permitía escoger la del joven Pedro; y además dió gracias á papá Coppa cuando éste le prometió hacer todo lo necesario para que el asunto marchase muy de prisa.

Lo necesario, en el concepto del viejo y dado el tono con que pronunciaba la palabra, comprendía también y aun más que todo, la adopción; pero cuando á fuerza de cartas todo estuvo listo y no faltaba sino los contratos legales, Coppa sólo de una cosa se arrepintió, y manteniendo cuanto había prometido, omitió lo mejor renunciando á ser el padre de Niña.

Y todos le tuvieron por un modelo de generosidad cuando dijo á Desiderio:

—La primera idea era la buena; serás tú el padre de Niña, yo no me siento capaz de serlo.

El amigo por la vida y por la muerte se arrojó en sus brazos y lloró porque era demasiado dichoso.

Pero el Loco era incapaz de ocultarse á sí mismo el pensamiento secreto que le había impulsado á no hacer de la novia (y luego esposa) de Pedro Corrucini su propia hija.

Ni aun en el momento en que aquella cara desfigurada de Pedro se hizo dueño de la dote y de su hermosa Niña, Coppa no se arrepintió de haber sido prudente. Conservaba en su alma el mismo sentimiento; no quería confesarlo, pero algunas veces en secreto pensaba que... no se sabe nunca lo que puede suceder... que Pedro podía ser feliz, dar hijos á Niña, vivir mucho tiempo y enterrar á Coppa... pero también podía morir... ¿Y entonces?..

No, no era una esperanza; acaso no era ni siquiera un deseo... ¿Y entonces?..

Entonces no cabía ninguna duda de que Coppa abriría los brazos para que la viuda y los hijos se refugiasen en ellos como en un puerto seguro.



Coppa, compadecido de veras, acercóse al infeliz...

nada definitivo, y sólo porque la muchacha no había dicho incontinenti que no se sentía con valor para amar á un hombre que tenía la cara picada de viruelas, había él cogido las maletas y tomado el tren.

Y quiso ser sincero hasta el final: si en vez de ir á Turín ó aún más lejos, como había pensado, se había quedado en Novara, por fuerza debía haber en ello una razón ignorada, acaso la que se llama instinto.

Aquella noche no cerró los ojos, á pesar de haberse dicho muchas veces á sí mismo que estaba á punto de llegar á la indiferencia. Apagada la luz y clavando los ojos en la obscuridad, percibía las líneas de un mueble que le parecía no haber visto cuando entró en el cuarto; parecía una persona inmensa que estirase un brazo hacia su cama para amedrentar al viejo Coppa. Pero la época de los miedos vanos hacía tiempo que había pasado para él; ahora, aunque en realidad le amenazasen, tenía esto tan sin cuidado que ni siquiera quiso averiguar si la amenaza partía de una percha, como le parecía probable. Cerró los ojos, y entonces la percha cruzó los brazos y sin hacer ruido se acercó hasta poner su cara junto á la suya; era una cara burlona que á punto estuvo de encolerizar al viejo indiferente; luego se transformó en otro semblante y en muchos más, hasta que al fin se presentó en forma de rostro picado de viruelas.

—¡Vaya, que estás guapo!, dijo Coppa en alta voz. No te marches, hombre, no te marches tan pronto; deja que te mire bien. Tendrás el amor de Niña y la dote que yo le daré.

La cara picada de viruela se desvaneció como las otras, y el viejo aún quiso detenerla un rato más.

—No, no te vayas; no eres guapo, pero eres joven,

FIN

LAS EXCAVACIONES RECIENTEMENTE PRACTICADAS EN CUMA



ADORNO DE LOZA

Las excavaciones practicadas en las ciudades sepultadas por las larvas del Vesubio, sobre todo en Pompeya, han absorbido casi enteramente durante muchos años y hasta reciente fecha la atención de los sabios y del gobierno italiano, seducidos por la facilidad y la riqueza de los descubrimientos; el resultado de esto ha sido que se han descuidado las excavaciones en todas las demás regiones de la Campania, á pesar del grandísimo interés que tienen para el estudio de los orígenes de la civilización griega



ANFORAS DE BARRO

en la Italia meridional. De aquí que las excavaciones de Cuma realizadas por el conde de Siracusa, hermano de Víctor Manuel I, hasta 1853, y proseguidas por lord Vernón, el marqués Gibot y Mr. Stevens, se suspendieron sucesivamente hasta las recientes exploraciones del Sr. Osta de Nápoles, quien ha recogido ya la colección más preciosa y más interesante de cuantas poseen los arqueólogos de objetos pertenecientes á las primeras épocas del arte italiano y á las sucesiones del arte griego y del greco-romano.

Cuma felix, Cuma la dichosa, indudablemente la ciudad italiana más antigua, fué fundada en 1030 antes de J. C. por una colonia griega procedente de la Eubea, la de los calcidenses, que antes de establecerse en el continente ocuparon la isla de Ischia, desde donde se dirigieron luego al suelo sagrado de Cuma, expulsaron á los escasos habitantes que allí había y construyeron la Acrópolis en el alto peñasco traquíptico, en el que se alzaba la aldea indígena.

La fertilidad de la tierra, el número de los habitantes y sus comercios y la proximidad de dos puertos importantísimos, el de Puzzoles y el de Misena, hicieron de Cuma una ciudad tan floreciente, que fué objeto de la envidia de los etruscos, de los

umbríos y de los daunos, que la sitiaron en varias ocasiones; pero fuerte por su situación natural y por la poderosa defensa de la Acrópolis, logró siempre rechazar los frecuentes asedios y llegó á su mayor apogeo en tiempo de Augusto, que le otorgó los honores de ciudad (*urbs*) y la jurisdicción de prefectura.

Cuando los romanos comenzaron á preferir para sus residencias veraniegas los lugares más pintorescos de Puzzoles, de Baia y de Misena, Cuma decayó; más adelante los bárbaros la devastaron, y por último, los napolitanos la destruyeron en 1027 por haberse convertido en asilo de bandidos.

A esas desgraciadas vicisitudes debemos la dicha de encontrar hoy casi intactos, bajo una capa de tierra de poco espesor, los pavimentos y las paredes de las casas y las ruinas de la Acrópolis.

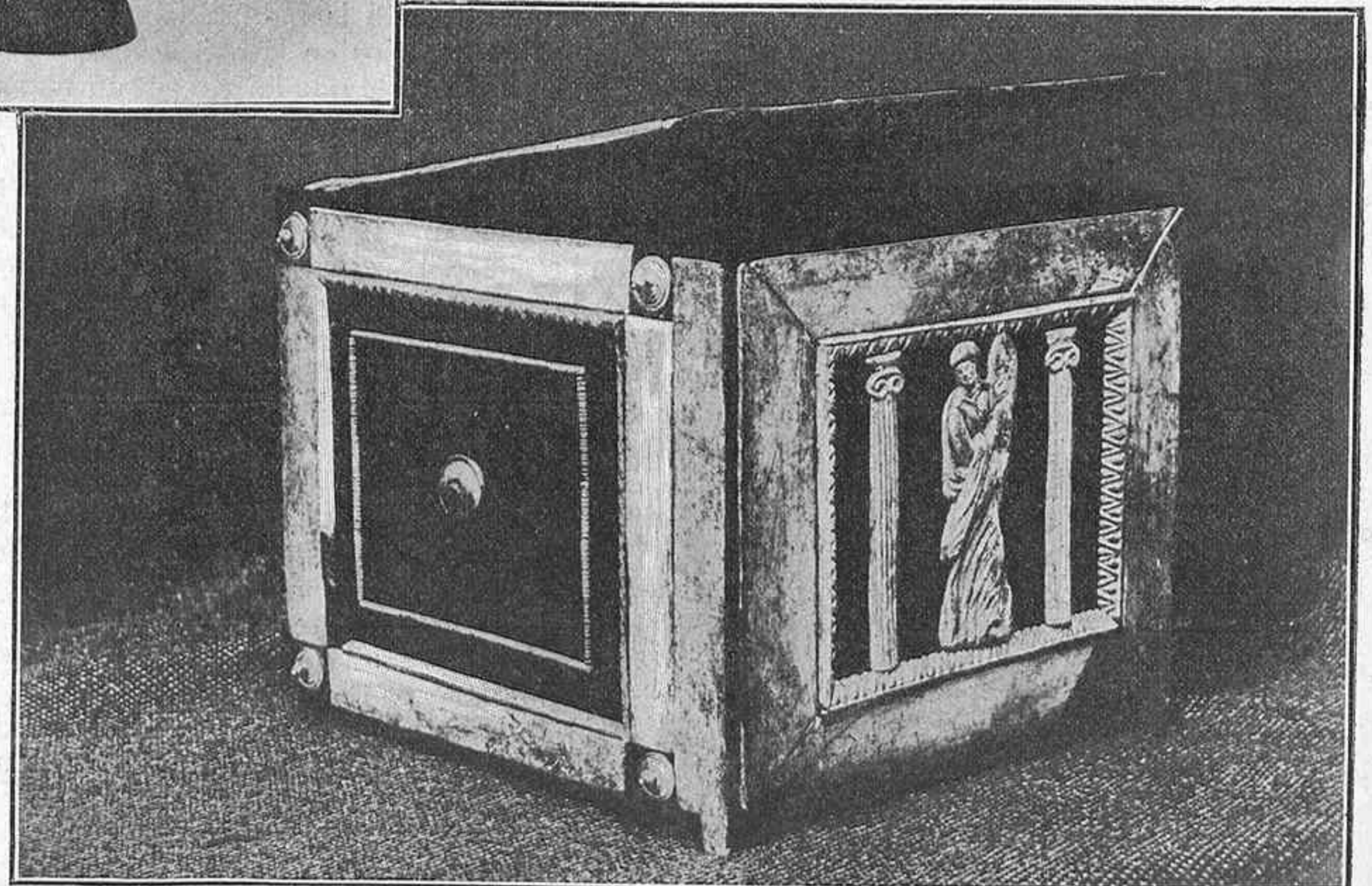
Debajo del suelo vense todavía diseminados y ocultos en parte por la lujuriosa vegetación meridional los restos de los



ALTO RELIEVE QUE REPRESENTA Á SILENO

antiguos edificios públicos: el Anfiteatro, el de Demetrio y el de Júpiter Stator, transformado actualmente en bodega y en el cual se ve aún el gran nicho que contenía el busto colosal del dios que se admira en el Museo de Nápoles.

Las excavaciones de Cuma, para cuya realización se está organizando un Comité nacional, permitirán resolver algunos

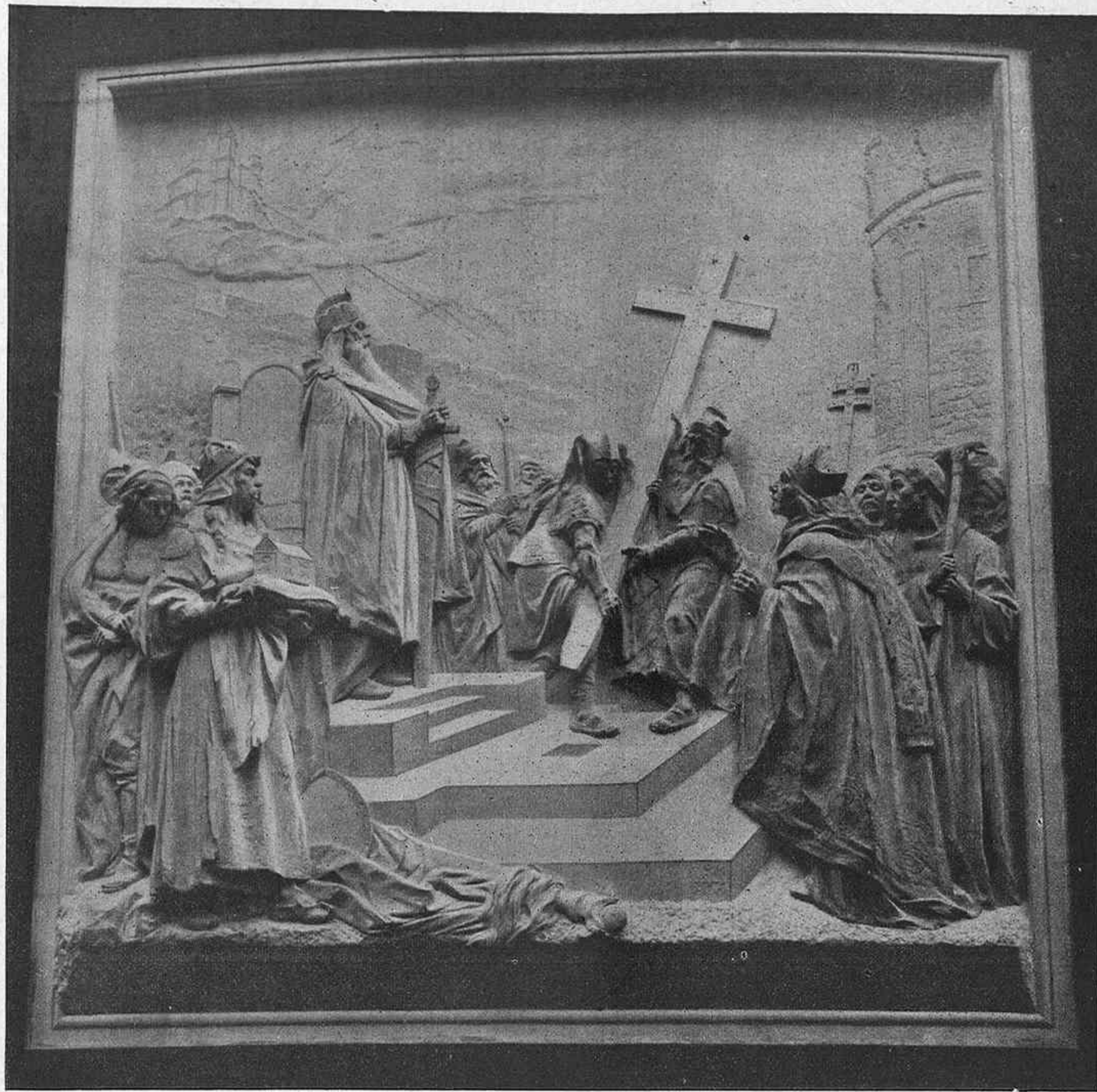


ARQUILLA DE MARFIL DESTINADA Á GUARDAR OBJETOS DE TOCADOR DE UNA JOVEN

importantes problemas arqueológicos, del mismo modo que la exploración de la gruta de la Sibila, efectuada por el profesor Inocente dall'Osso, á quien tuvo el honor de acompañar provisto de mi aparato fotográfico, nos ha puesto en condiciones de poder restablecer, sobre la base de documentos indiscutibles, los pormenores de la descripción virgiliana del antro de la Adivinadora de Cuma, cuya entrada está junto al lago de Averno, en donde Virgilio hizo descender á Eneas y Dante Alighieri puso la entrada del Infierno y la barca de Caronte.

Los resultados de esta exploración, como los de las excavaciones de Cuma, son tan importantes desde el punto de vista de la historia y de la leyenda, del arte y de la poesía, que causa asombro el considerar el estado de absoluto abandono en que el gobierno italiano ha dejado esa maravillosa comarca que, en un perímetro de unas cuantas millas, encierra la cuna de un pueblo que dominó el mundo por el doble poder de las armas y del genio.

Del valor de algunos de los objetos encontrados puede formarse idea por los grabados que en la página anterior publi-



VIENA. — MONUMENTO Á CARLOMAGNO INAUGURADO CON MOTIVO DEL 58.º ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ AL TRONO DE AUSTRIA. Obra de Rodolfo Weyr. (De fotografía de C. Seebald, comunicada por Hutin, Trampus y C.ª)

camos. La arquilla tiene 32 centímetros de alto por 34 de ancho y 35 de profundidad. En una de sus caras se ve á una sierva que presenta el espejo á su joven dueña, la cual, en la otra cara, está terminando su atavío de novia.

CARLOS ABENIACAR.
(Fotografías del mismo.)

VIENA

MONUMENTO Á CARLOMAGNO

Con ocasión del 58.º aniversario del advenimiento de Francisco José al trono de Austria, se ha inaugurado recientemente en Viena un monumento dedicado á la memoria de Carlomagno y que ha sido colocado en una de las fachadas de la iglesia de San Pedro, el primer templo cristiano construído en aquel país que fué fundado por aquel gran rey de los francos.

Consiste el monumento, que el adjunto grabado reproduce, en un bajo relieve, en el que Carlomagno está representado en el momento de plantar la primera cruz cristiana, después de la victoria alcanzada sobre los avaros y á consecuencia de la cual quedó destruído el imperio de éstos.

Ese bajo relieve es obra del célebre escultor vienés Rodolfo Weyr.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**

Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Date de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.**

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES B^o St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE

Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

EL PROCESO DEL TENOR CARUSO
EN NUEVA YORK

A últimos del mes de noviembre próximo pasado, el célebre tenor italiano Caruso, que actualmente hace las delicias del público de Nueva York, comparecía ante el tribunal de policía de Yorkville, acusado de *disorderly conduct*, es decir, de conducta incorrecta.

¿Qué falta había valido tal afrenta á un personaje tan importante y tan respetado? Dícese que un día en que estaba paseando por el Central Park permitiéndose hacer un gesto inconveniente á una señora, la cual, indignada, hizo arrestar por un *policeman* al mal educado caballero.

Los debates judiciales duraron dos días, y en el curso de los mismos, el artista, bastante maltratado por ciertos testigos de cargo, no cesó de protestar de su inocencia, negando en absoluto el hecho que se le imputaba. ¡Cosa extraña! El testigo más importante, la víctima del supuesto atentado á la moral, no compareció; había dado un nombre falso y no hubo medio de dar con ella. En cambio, el segundo día de la vista presentándose de improviso otra dama cubierta con un velo blanco que, por indicación del magistrado, se adelantó hacia el tenor, y descubriendo con gesto rápido su velo, dejó ver el gracioso semblante de una linda rubia de unos treinta años.

— ¿Me conoce usted?, le preguntó.
— Ni poco ni mucho, respondió Caruso; esta es la primera vez que tengo el gusto de ver á usted.

— Acuérdesse usted de la noche del 4 de febrero de 1904.

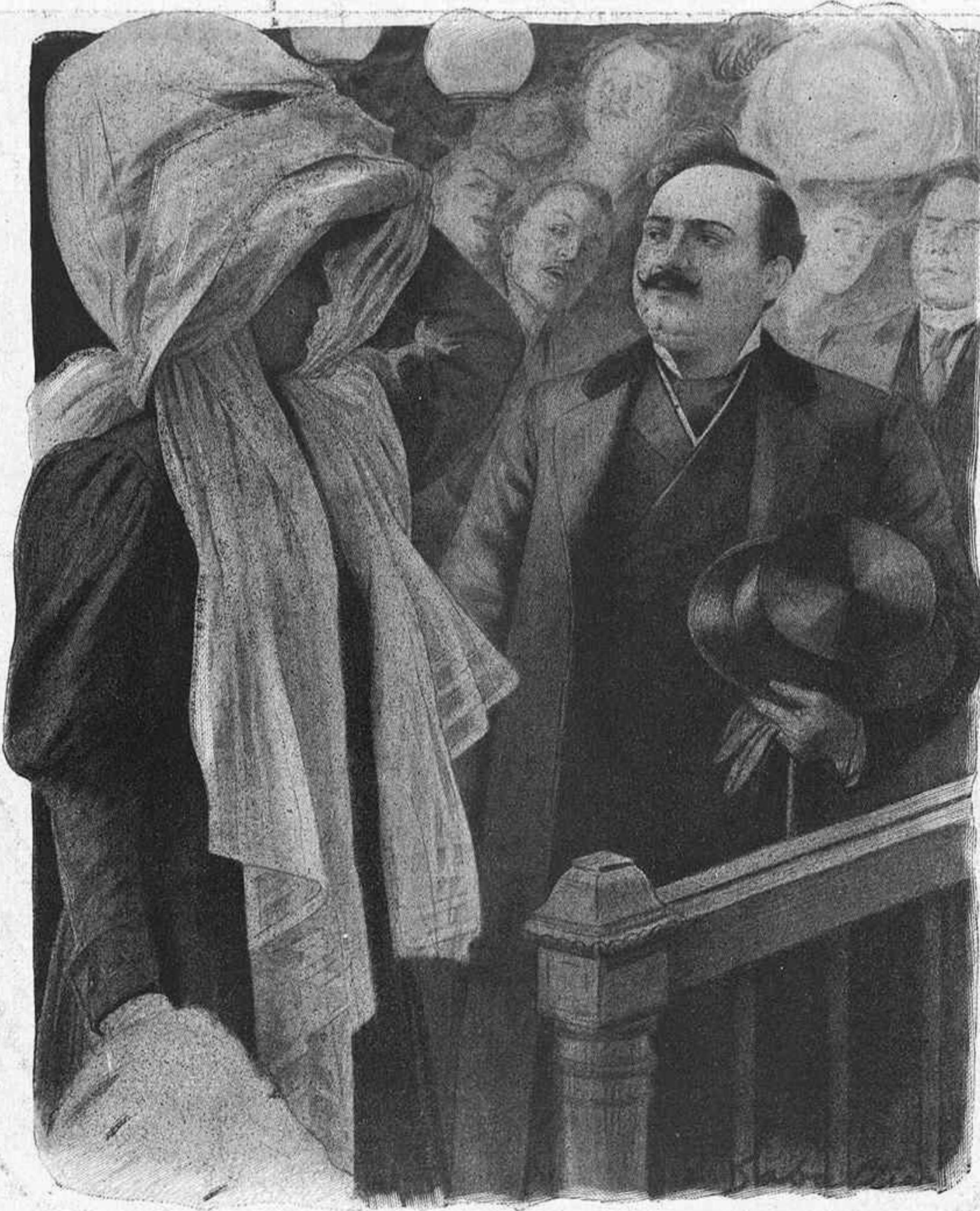
El artista hizo un gesto significativo de que su memoria no guardaba recuerdo de tan lejana fecha.

Pues bien, según parece, el día 4 de febrero de 1904, el tenor, durante una representación de *Parsifal*, faltó al respeto á la linda rubia del velo blanco.

A pesar de sus protestas, Caruso fué condenado á una multa de 10 dólares; mas no conformándose, ha apelado de tal sentencia.

Ocioso casi es decir que cuando, después de la condena, Caruso salió á cantar, el teatro estaba brillantísimo y que el triunfo obtenido por él fué de los más grandes conseguido durante su carrera. Se comprende; ¡el reclamo había sido tan original y tan ruidoso!

Quizás esto era lo que se trataba de demostrar, y quién sabe si en todo ello andaba oculta la mano del empresario del eminente divo.



UN INCIDENTE DEL PROCESO DEL TENOR CARUSO EN NUEVA YORK

Una dama con velo blanco dijo al tenor descubriendo su rostro: «Acuérdesse usted, caballero, de la noche del 4 de febrero de 1904.»

(De un croquis tomado en la sala de la Audiencia durante la vista del proceso.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA ESQUELA DE LA TORRATXA, almanaque para 1907. — Un tomo de 208 páginas con multitud de artículos, poesías, cuentos, epigramas, etc., de los mejores escritores catalanes, y dibujos, caricaturas y reproducciones de cuadros y esculturas de celebrados artistas. Editado por D. Antonio López. Precio, una peseta.

ALMANAQUE DE BAILLY-BAILLIERE ó sea *Pequeña Enciclopedia popular de la vida práctica*. — Un tomo de 500 páginas con 500 figuras y mapas y multitud de crónicas y artículos sobre las más diversas materias y los conocimientos más útiles. Además los compradores del Almanaque tienen opción á 600 regalos que se reparten en combinación con los sorteos de la Lotería Nacional de 22 y 31 del corriente. Precio, 1'50 pesetas.

AGENDA CULINARIA. — Libro de la compra con minutas y recetas para cada uno de los días del año, por la *Duquesa Laura*. — Un tomo de 392 páginas, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos. Precio, dos pesetas en Madrid y 2'50 en provincias.

MEMORÁNDUM DE LA CUENTA DIARIA. 1907. — Un volumen elegantemente encuadernado, que contiene secciones para anotar los ingresos y gastos, las visitas y los días de recepción, el calendario, el índice de santos y santas por orden alfabético, tablas de reducción de monedas y pesas y medidas, etc., noticias sobre correos, telégrafos y teléfonos, etc. Editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos, se vende á 2'50 pesetas.

ATLAS COMPLETO DE GEOGRAFÍA COLOMBIANA, por *Francisco Javier Vergara y Velasco*. — Se han publicado las dos primeras entregas de esta obra importantísima que contiene interesante texto y numerosos mapas y planos y que se imprime en Bogotá, en la Imprenta Eléctrica. Precio de cada entrega, 80 centavos.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelleu, 102, Paris y todas farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE, DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN